

Tuatú

Alfonso Vallejo

PERSONAJES

RAMÓN: Tiene unos cincuenta años. Facciones marcadas, mirada dura y calculadora. De cierta corpulencia. Correctamente vestido. Habla pausadamente, con control. Piensa lo que dice. Dominante. Peligroso.

CARLO: Tiene unos treinta años. Bien parecido. Muy elegante. Vestido a la última moda pero con gusto. Simpático. Con un aire soñador y romántico que contrasta con lo acerado de su humor y su falta de respeto. Un cínico cosmopolita e italianizante.

ESCENARIO

El salón de una casa de campo. Rejas en las ventanas. Decorado sencillo y rústico. Único para las dos partes de la obra.

PARTE I

Música. RAMÓN sentado en un sillón, con la mirada perdida en el vacío. Suena el timbre. Abre. Aparece CARLO aparentemente sorprendido de verle. Unos instantes de vacilación.

RAMÓN.- ¿Sí?

CARLO.- Perdona, debo de haberme confundido.

RAMÓN.- ¿Por quién pregunta?

CARLO.- Por... por... Pero es igual, le repito que me he confundido.

(Hace ademán de marcharse. RAMÓN cierra ligeramente la puerta para impedirle irse.)

RAMÓN.- Igual no, le estoy haciendo una pregunta. ¿Qué quiere?

CARLO.- Bueno... yo venía a traer un ramo de flores.

RAMÓN.- ¿Para quién?

CARLO.- No lo sé. Me lo han dado para que lo entregue. Supongo que será para una señora.

RAMÓN.- **(Cogiéndole el ramo.)** Igual son para mí. Pase. **(Cierra la puerta.)** A mí me gustan mucho las flores.

CARLO.- Puede ser. Adiós.

RAMÓN.- Espere. Qué prisa tiene... Aquí no hay tarjeta. No sé quién es usted. ¿Quién le ha entregado este ramo?

CARLO.- **(Agarrado al pomo de la puerta, con evidentes ganas de irse.)** Pues no sé. Si le gustan las flores, se las queda. Y se acabó. Y si no le gustan, las tira y hemos terminado.

RAMÓN.- **(Sujetando la puerta.)** Un momento, un momento. Todo esto es muy extraño. Y comprenderá que necesito una explicación.

CARLO.- Pero yo no se la puedo dar.

RAMÓN.- Me la va a dar.

CARLO.- Mire...

RAMÓN.- No hay «mire». Dígame ahora mismo a qué ha venido, quién le ha dado estas flores y para quién.

CARLO.- Pues igual tiene usted razón y no eran para usted, sino para otra persona.

RAMÓN.- ¿Para mi mujer, quizá?

CARLO.- Igual son para su mujer.

RAMÓN.- ¿Pero quién se las manda?

CARLO.- ¿Y qué quiere que yo le diga! ¡A mí no me meta en líos! A mí en la tienda me dijeron: este ramo a esta dirección. Y ya está. No quiero saber más.

RAMÓN.- (Mirando a CARLO de arriba abajo.) No va usted vestido como un repartidor de flores.

CARLO.- ¿No? ¡Vaya!

RAMÓN.- (Tocando la solapa del traje.) ¿Italiano?

CARLO.- ¿Usted sabe las propinas que nos dan?

RAMÓN.- (Mirando los zapatos.) ¿Italianos?

CARLO.- Un entendedor... Vaya.

RAMÓN.- Y la camisa de seda.

CARLO.- También italiana. Todo lo que va sobre mi cuerpo es italiano. Venecia, Roma, Milán, Verona.

RAMÓN.- Es usted como una representación de la geografía textil del país vecino. En vivo.

CARLO.- Muy vivo, amigo, diana. Hasta los calzoncillos van haciendo juego. Lo floral o va conjuntado o no va. ¿Quiere que se los enseñe?

RAMÓN.- Me parece usted bastante... desinhibido para un repartidor de flores.

CARLO.- No sé por qué los pobres repartidores tienen que ir por el mundo mustios y con complejo de inferioridad. Son alegres y dicharacheros como yo... Hablo de la mayoría, claro está.

RAMÓN.- ¿Y todos hacen las entregas en Ferrari?

CARLO.- **(Sonriendo burlesco.)** ¡Pero bueno, qué tiene usted contra ese humilde y honesto gremio de simpáticos operarios, oiga! ¿Hay más bella imagen que la de ese pobre trabajador subido a su Ferrari repartiendo ramos a diestro y siniestro, de puerta en puerta, cantando, haciendo renacer en los atormentados corazones de los ciudadanos la esperanza? ¡Por favor! Es usted un tipo verdaderamente raro, eh. ¿Cómo quiere que venga hasta aquí? ¿Andando! ¿Saltando de piedra en piedra, como un ratoncito! ¡No, hombre! Si esta casa está como quien dice fuera de todo vestigio civilizado.

RAMÓN.- Es usted un cursi...

CARLO.- Una casa en pleno campo... sin lagos, sin montañas, sin carreteras, fuera de cualquier itinerario turístico, sin aparente conexión con nada ni con nadie... ¿Es ermitaño? ¿Misántropo? ¿O está simplemente cabreado con usted y con el mundo?

(Silencio.)

RAMÓN.- Silvia salió. Me dijo que si llegaba alguien preguntando por ella, con un ramo de rosas rojas en la mano, que se sentara y esperase. Tenía que salir. Volverá pronto. Al parecer debía decirle algo importante.

(Silencio.)

CARLO.- Vaya... En fin, me sentaré. Al... al principio cuando llegué y abrió la puerta, me quedé un poco sorprendido. Pero ya después, cuando empezamos a mantener esta charla tan cordial... bueno... pues he cambiado de opinión y ya cuando le miro a la cara no me dan ganas de vomitar. Sólo de escupirle.

RAMÓN.- ¿Tiene mi cara algo especial?

CARLO.- ¿No se lo han dicho? Tiene una cara muy especial.

RAMÓN.- ¿De qué tengo cara, vamos a ver?

CARLO.- Tiene cara de cabrón. **(Pausa.)** No se lo tome a mal. Pero ya que pregunta es mejor que se lo diga alguien del ramo de la floristería que no su propia mujer... no digamos ya si se lo dice el psiquiatra.

(Se sienta. Se miran.)

RAMÓN.- ¿Cómo sabe que Silvia es mi mujer?

CARLO.- Sólo Silvia podría vivir con un tipo así. Hay que ser... Silvia. Eso es. Una... una santa.

RAMÓN.- ¿Sabe de qué tiene cara usted?

CARLO.- Venga, suéltelo ya y así se queda tranquilo. Cualquier barbaridad. Me da igual. No va a hacerme el menor efecto. Adelante.

RAMÓN.- Usted tiene cara de *punki*.

(Silencio.)

CARLO.- ¿Cómo ha dicho?

RAMÓN.- (Casi escupiendo esta vez.) De *punki*.

(CARLO ha quedado inmóvil, como electrizado, sin dar crédito a lo que estaba escuchando. Se va volviendo hacia RAMÓN, tomando su cara tintes violáceos progresivos.)

CARLO.- ¿De *punki*! (Se pone de pie de un salto.)

RAMÓN.- ¿Se ha mirado al espejo?

CARLO.- (Horrorizado.) ¿Que si me he mirado yo al espejo! (Furioso.) ¡Tirando por bajo habré roto ochocientos o novecientos azogues de mirarme! Pero, ¿usted se ha dado cuenta de lo que acaba de decir! (Pausa.) ¿*Punki* yo! ¡Si hasta los conductores del autobús me echan piropos cada vez que monto... que es de tarde en tarde, dicho sea de paso, porque siempre voy en el Ferrari!

RAMÓN.- ¿Y quién le dio las flores para que las entregara?

CARLO.- ¿Tanto interés tiene en saberlo?

RAMÓN.- Claro que sí. Imagínese que un día, de improviso, vuelve usted a su casa antes de la hora habitual y se encuentra con que alguien manda un ramo de flores a su mujer... Me parece lo más natural del mundo que uno quiera preguntar quién se las manda. ¿O no?

CARLO.- Habla usted de su mujer como si hablara de «su» Peugeot... o de «su» Citroën... o de «su» presidente del Gobierno... o de «su» bragueta. ¿Tanto posee?

RAMÓN.- Déjese de sutilezas y conteste.

CARLO.- Por cierto... ¿qué tipo de coche tiene usted? ¿O quiere que se lo diga?

RAMÓN.- ¡Vaya! Adivino... Veamos, ¿cuál?

CARLO.- Usted no tiene coche. Usted tiene un bisonte disfrazado de tanque.

RAMÓN.- ¿Lo dice por los cuernos?

CARLO.- (Súbitamente entusiasmado por el comentario.) ¡Tiene usted un complejo! (Medio riendo.) ¡Y pone una cara! Si se viera... (Compasivo.) ¡No se aflija, hombre! Todo en la vida no van a ser cuernos... También hay la amistad, la simpatía, el placer... el amor... (Pausa intencionada.) Las astas, las defensas, las protuberancias córneas, la «cara» del bovino o astado... También se les llama antenas.

RAMÓN.- (Repitiendo en otro tono.) Es un cursi...

CARLO.- ¿Qué le voy a hacer? Me gustan los eufemismos. (Pausa.) Así que *punki*.

RAMÓN.- ¿Tanto se nota?

CARLO.- Le tengo en mis manos... Se nota. Qué quiere que le diga. Se nota. Quien tiene costumbre de estas cosas, lo nota. Entiéndame... tampoco es que lleve una pancarta en la cara como si fuera a unas elecciones. No, no es eso. Pero...

RAMÓN.- (Siempre serio, inglés.) ¿Pero...?

CARLO.-... Es un aire... algo sutil en la mirada, algo anfractuoso en el fondo del alma, una contradicción sentimental sin solución.

RAMÓN.- ¿Conoce a Silvia?

CARLO.- (Lacónico.) No. (Prosigue como si no le hubieran preguntando nada.) Se lo vuelvo a repetir: me dieron el ramo para que lo trajera. Y lo traje.

RAMÓN.- Yo me esperaría a encontrarme frente a un chico bajo, feo, tosco y desdentado, de éstos que trabajan en las floristerías. Algún hijo de un emigrante pobre o desahuciado. Y sin embargo me encuentro con un joven bien parecido de aire arrogante y pelo negro...

CARLO.- (Como un pavo.) Gracias...

RAMÓN.- Eso y mucho más... Elegante...

CARLO.- Me halaga.

RAMÓN.- ... Distinguido...

CARLO.- ¿Cree usted?

RAMÓN.- Yo diría que hasta coqueto y *chic*.

CARLO.- (Corrigiéndole.) *Chic* y bullanguero. Estoy viendo que me tiene envidia. Y lo curioso es que, dentro de su inopia, ha acertado. Sí, lo sé, soy guapo. ¿Y qué culpa tengo yo de ser guapo, eh?

RAMÓN.- Guapo, no. Guapísimo.

CARLO.- Noto cierto aire de burla en sus palabras. ¿Qué pasa? ¿No le parece que soy guapo?

RAMÓN.- Se lo estoy diciendo: guapísimo.

CARLO.- Eso está mejor. Se ve que tiene muchos defectos, pero no le falta discernimiento y no se niega a la evidencia.

RAMÓN.- Pero no queda ahí la cosa. Además... inteligente.

CARLO.- ¡Nos ha jodido! Parece que porque uno nace bien hecho necesariamente tiene uno que ser un negado. ¡Pues no señor! Por un lado: distinguido, nunca mejor dicho. Y por el otro, inteligente. Correcto.

RAMÓN.- Posiblemente mucho más guapo que Kant, pero seguramente... todo hay que reconocerlo... también menos inteligente.

(Silencio. CARLO se le queda mirando.)

CARLO.- (Levantando la mano.) ¡Un momento!

RAMÓN.- ¿Le parece injusto lo que estoy diciendo?

CARLO.- ¿Sabemos cómo era Kant?

RAMÓN.- Algo ha dejado escrito, desde luego.

CARLO.- ¿Había fotos entonces? ¿Videos? ¿Alguna película para saber cómo era Kant realmente?

RAMÓN.- Claro que no.

CARLO.- ¡Acabáramos! No sabemos cómo era Kant. ¡Pues igual nos llevábamos la sorpresa de que Kant, además de ser un gran químico, era un tío buenísimo!

RAMÓN.- Hay grabados.

CARLO.- (Escéptico.) ¿Grabados? ¿Y qué son los grabados! ¡Basura! ¿Cómo tenía los tobillos Kant? ¿Eh! ¿Lo sabe usted? ¿Y las rodillas! ¿Cómo tenía las rodillas Kant? ¿Lo sabemos? ¿Cómo haremos para comparar las rodillas y tobillos de Kant con esto? **(Se sube los pantalones, enseña piernas y tobillos.)** Y sobre todo, ¿con qué código estético lo vamos a juzgar, eh? Porque ése es el asunto. Igual... pongamos por ejemplo... llega una de esas gordas del tiempo de Kant y ve estas rodillas y hace así: ¡puaf! **(Como si fuera una mujer.)** A mí esas piernas no me dicen nada. Qué asco. ¡Qué prominencias más ridículas y más toscas...! Y sin embargo, se lo puedo asegurar, cuando me pongo en bolas en Ibiza, las mujeres no es que me tiren flores, pongo por ejemplo, pero... miran... miran... y sé que gusto, abuelo. Y es que los tiempos han cambiado. Y mis condiciones quizá no fueran idóneas entonces... Pero llega Kant, se remanga los pantalones, esos bombachos que se llevaban entonces... o se los baja por ejemplo, y llega esa *alemanota* con ese pedazo de culo y se pone a mirar a Kant de abajo arriba... **(Imita a la alemana.)** y dice... ¡Pero este tío está muy bueno! ¿No me entiendes? Pero... pero si este tío... Y va subiendo la vista poco a poco... **(Cara de sorpresa de la alemana.)** ¡Pero hijo, qué tienes ahí! Vida, ¿se te han salido los intestinos de su sitio! Dicho sea de paso, yo tampoco me quedo atrás... **(Se marca el bulto de la entrepierna.)** ¡Y no sé química, pero cocino muy bien, que también es un mérito!

RAMÓN.- (Contencioso.) Kant no era químico.

CARLO.- ¿No? ¿A mí también? ¿Me la vas a dar a mí? ¿Y qué era entonces?

RAMÓN.- ¡Músico, animal! Y ahora vamos a hablar de tú a tú! ¡Tú a tú! ¡*Tuatú!*

(Silencio.)

CARLO.- ¿Músico? Ahora va a resultar que Kant era músico... ¿no? Y yo papa. El *pringao* este... Entonces la pólvora se descubrió sola, ¿no?

RAMÓN.- Ese fue Nobel, idiota.

CARLO.- Así que Nobel, el de los premios, fue el que descubrió la pólvora... según tú.

RAMÓN.- ¡Y no la descubrió! La inventó.

CARLO.- ¡Imbécil! ¿Y antes de Nobel con qué disparaban los cañones? ¿O estaban esperando a que llegara Nobel para disparar?

RAMÓN.- Si no es indiscreción..., ¿a qué se dedica...? Por cierto, ¿cómo se llama? Quiero decir, ¿cómo te llamas?

CARLO.- Carlo.

RAMÓN.- ¿Le importa que le tutee, Carlos?

CARLO.- ¡De Carlos, nada! ¡Carlo! Con la ese caída. Carlo Ferranti. Como Ferrari pero acabado en *anti*. Y no me importa que me tutees... porque de profesión soy vago. Vago pero no tonto. Así que tú te crees que yo no sé que Kant era un filósofo, ¿no? ¿Y lo de Nobel... te crees que no lo sabía...? Por cierto ¿cómo te llamas?

RAMÓN.- Ramón.

CARLO.- **(Con horror.)** ¿Ramón? ¡Qué asco! Suena como a campana.

RAMÓN.- **(Serio.)** Ramón Montes.

CARLO.- ¡Ufff! Salió la cabra.

RAMÓN.- Te vas a ganar una paliza...

CARLO.- ¿Sí? **(Silbante.)** Eso no te lo crees ni tú.

RAMÓN.- ¿No?

CARLO.- **(Levantándose.)** Y además, se acabó. Me voy. Me hartas.

RAMÓN.- Espera.

CARLO.- ¡No! Me voy.

RAMÓN.- Silvia está al llegar.

CARLO.- ¡Me da igual! Cuando llegue le das el ramo, que se lo meta... Bueno, a seguir bien.

(Hace ademán de ir hacia la puerta. RAMÓN le coge brazo.)

RAMÓN.- Espera, Carlo. **(Le lleva hacia el sillón.)**

CARLO.- **(Exagerado.)** ¡Ay, ay, ay! Me haces un daño...

RAMÓN.- Hijo, es que tienes unos bracitos...

CARLO.- **(Separándose muy ofendido.)** ¿Bracitos yo? **(Contrae los músculos del tórax como un culturista.)** Toca, idiota. Toca. **(Enrojece del esfuerzo.)**

RAMÓN.- Imponente. Realmente imponente. Con esos brazos, en vez de llevar ramos de flores, debes llevar algo mucho... mucho más pesado... como una vaca o algo así... **(Levanta un brazo como si llevara una antorcha.)**

CARLO.- **(Separándose de nuevo; ofendido.)** Eso que acabas de decir es una tontería mayúscula. ¿Por qué iba yo a llevar una vaca así? Y sobre todo, ¿adónde? **(Extrañado.)** ¿Tú estás bien de la cabeza? ¡Pero bueno...! ¿Qué le pasa al tío este! **(Volviéndose de pronto, airado.)** ¿Y por qué en vez de una vaca, no un pollo, tío primo!

RAMÓN.- Tranquilo, hombre...

CARLO.- ¡Me has hecho perder los nervios, sí! ¿Qué te he hecho yo, eh? ¿Te he insultado? ¿Me he metido contigo? ¿Qué tienes contra mí? Que si los bracitos, que si Kant... ¿Por qué quieres humillarme, oyes? ¿Te crees que soy tonto? **(Reafirmándose.)** ¡El químico soy yo! ¡Químico, para que te enteres! En el paro pero químico al fin y al cabo... Oyes, porque te he dicho que si esto lo otro... que si lo de aquí y lo de más allá... y tú me sales con la vaca. ¡No, señor! ¡No, señor, oyes! A la gente hay que respetarla. **(Le enseña los dientes, mofándose.)**

RAMÓN.- ¿Qué has dicho que eres?

CARLO.- Químico. Como lo oyes.

(RAMÓN saca una caja de juegos químicos para los niños de debajo de la mesa.)

RAMÓN.- Demuéstralo.

CARLO.- Que demuestre ¿qué?

RAMÓN.- Que eres químico.

CARLO.- Oye..., tú me estabas esperando... Lo tenías todo preparado. Sí. Para ponerme en ridículo. Sí. Ya lo veo. ¿Quién te ha dicho que yo era químico?

RAMÓN.- ¿Químico tú? Anda, venga...

CARLO.- ¿No?

RAMÓN.- ¿Qué vas a tener tú estudios con esa pinta?

CARLO.- ¿De qué tengo pinta, oye?

RAMÓN.- De chulo.

CARLO.- Eso también.

RAMÓN.- De chulo... y de vago.

CARLO.- En el paro, que es distinto.

RAMÓN.- ¿Desde cuándo?

CARLO.- Ni me acuerdo. Pero el que tiene, retiene, tío tonto.

RAMÓN.- (Con desprecio.) Carlo Ferranti...

CARLO.- ¿Te pica? Carlos Fernández italianizado.

RAMÓN.- De Almería.

CARLO.- ¡Ah! Lo sabes...

RAMÓN.- Allí hay mucho chulo, ¿no?

CARLO.- Casi todos lo son. El turismo ha hecho mucho daño.
¿Y cómo lo sabes?

RAMÓN.- Sé muchas más cosas.

CARLO.- Por ejemplo...

RAMÓN.- Que no tienes ni un duro.

CARLO.- (Catedrático.) Correcto.

RAMÓN.- Mucho coche, mucho traje. Pero ni un duro.

CARLO.- Correcto.

RAMÓN.- Un sinvergüenza simpático sin moral ni principios... hijo de papá...

CARLO.- De papá y mamá. Los dos tienen mucho dinero.
Los dos. Muchísimo.

RAMÓN.- Les tocó la lotería, ¿no?

CARLO.- Eso además. Pero ya eran ricos entonces. No fue un casamiento por amor, no. Sino un casamiento por tierras y negocios. El resultado fui yo. Vago, inútil, hijo único... manirroto... chulo... ¡Que el niño no haga nada! ¡Que cada vez que se le ocurre algo mete la pata! ¡Si es medio tonto! Si es capaz de dejarnos en la ruina... (Con odio contenido.) Idiotas... Pagar a un hijo para que no haga nada. Coche, trajes... lo que quiera... pero dinero muy justito... mucho. Para que no se pervierta más. ¿Se imagina? A un pedazo de químico obligarle a tolerar esta situación... humillante... de niño mal crecido.

RAMÓN.- Trabaja.

CARLO.- ¡Calla! ¡Calla! ¡Uy lo que ha dicho! ¡Por favor! Si eso es lo peor. No hay quien lo aguante... ¿Trabajar! Si dan náuseas... **(Ofensivo.)** Trabaja tú para los dos. Así te va. **(Con sorna.)** Funcionario... ¿Y cómo no estás en la oficina, gracioso? ¿A qué has venido hoy? ¿No te irán a poner falta? ¿Qué tenías en la cabecita, Ramón? ¿Montes? Yo siquiera soy un pedazo de profesional... Un químico. ¿Tú sabes lo que es eso, chaval?

RAMÓN.- **(Ácido.)** Farsante.

CARLO.- ¡Farsante yo! ¿Qué pasa? ¿No te crees que tengo estudios de química!

RAMÓN.- **(Alterado.)** ¡No!

CARLO.- ¡No acabé la carrera porque me echaron de la facultad! ¡Pero era un niño prodigio, estúpido!

RAMÓN.- **(Seco de pronto.)** Demuéstralo.

CARLO.- Tú piensas que yo soy un pobre hombre sin ideas... intrascendente y vacío, sin personalidad, ni criterios, ni ideas propias, ¿verdad? ¡Pues te equivocas! ¡He estudiado química! Mientras tú estabas ahí, trabajando como un burro aprendiendo contabilidad, yo estaba en la facultad, ¿te enteras? Con los ácidos y las bases... las... las... sales y... los metales. ¡Enfrascado! ¡Haciendo casi prodigios moleculares!

RAMÓN.- Demuéstralo.

CARLO.- **(Picado.)** Me ca... en... No me piques, Ramón, no me piques que tú a mí no me conoces... **(Abre la caja, mira.)** Porque me dedique a repartir ramos de flores para ganarme unas pesetillas, no te permito que me tomes por el pito del sereno... **(Cada vez más intrigado por los frascos de la caja.)** Vamos a ver qué hay aquí. **(Coge un frasco, se acerca para leer la fórmula.)** Ácido... levo... mo... pe... **(Se acerca más.)** Está borrado. Si esto es una caja para que jueguen los niños. No se puede hacer nada. No tiene riqueza, ¿no me entiendes? **(Cogiendo otro frasco.)** Sal de cloro... per... na... de... De acuerdo, vale, bien. Ya está. **(Se sube las mangas como quien fuera a hacer un juego de manos.)** Verás qué fácil... eh. Cogemos un poco de este polvito blanco del frasquito, ¿ves? Lo echamos muy... muy lentamente en este tubo de ensayo. **(Va a echar el compuesto, viviéndolo, recreándose.)** Y...

RAMÓN.- Desde luego eres un osado.

CARLO.- ¿Osado, eh? ¿Eso es lo que tú piensas? ¿Y qué pienso yo, eh? ¡Ahí está! Eso es lo que tú no sabes... **(Cambiando de tono.)** Oye, por cierto, déjame dinero para echar gasolina cuando salga. Estoy totalmente canino.

RAMÓN.- De eso hablaremos después. Sigue.

CARLO.- Prefiero que me lo des ahora, si no te importa. Me da cierta seguridad para el desarrollo de la reacción.

RAMÓN.- Déjame pensarlo. Sigue.

CARLO.- Dame la propina siquiera, ¿no? ¿O qué quieres? ¿Que me pase la tarde entera aquí jugando contigo y me vaya de vacío?

RAMÓN.- **(Levantándose y alejándose.)** Tú sigue.

CARLO.- ¿Y qué pasa? ¿Te levantas porque tienes miedo?

RAMÓN.- ¡A ver si vamos a salir por los aires...!

CARLO.- ¿Por los aires! Tú estás tonto... Por los aires... **(Cogiendo otro frasco.)** Maleato de... ru... pi... co... no... ¡Podían escribirlo con un poco más de claridad! ¡Así no hay quien se aclare! **(Como adivinándolo de repente.)** ¡Ya, ya! Ya está. Facilísimo. Pues verás... se echan unas gotas de este liquidillo... **(Como si estuviera en una barraca de feria.)** Unas gotas. Nada más. Cinco o seis. Un chorrito si quieres. Pero sin pasarse. ¿Entiendes? **(Le mira.)** Oye, parece que no me crees. Pones una cara...

RAMÓN.- En química y en todo lo demás, tú eres un osado, Carlo. Y te va a salir mal algún día.

CARLO.- Osado, ¿verdad? ¡Y tú un cagón!

RAMÓN.- Sigue.

CARLO.- Muy fácil. Lo mezclamos. Lo agitamos. ¡Un, dos! ¡Un, dos! **(Se lo cambia de mano.)** ¡Un, dos! ¡Un, dos! **(Ríe mirando a RAMÓN.)** Pones una cara que si te vieras... Ahora sí; sólo falta que salga algo...

RAMÓN.- Químico ¿eh?

CARLO.- ¡Y menudo! Ahora verás... Ponemos un trocito de esto... un poquito... lo echamos... Dos o tres toques... Pam... pam... pam... Y ya está la reacción. Ahí lo tienes. ¿Ves qué fácil? Ya está. **(Deja el tubo de ensayo encima de la mesa, dentro de un vaso.)**

RAMÓN.- Ya está, ¿qué?

CARLO.- La reacción. ¿Ves qué fácil? Si ser químico no es tan difícil, hombre. La gente tiene una idea muy equivocada de la química. Se cree que...

(El tubo empieza a echar humo. CARLO lo mira sorprendido.)

RAMÓN.- (Desde lejos.) Parece que respira.

CARLO.- Que... que... respira... No, hombre, no. Echa... humo solamente...

(El humo va creciendo, cambiando de color. CARLO se retira un poco, empezando a asustarse.)

Es... es...

RAMÓN.- ¿Qué?

CARLO.- (Sin saber qué decir.) El... el maleato ese... Oye... tú no habrás puesto algo raro aquí ¿verdad?

RAMÓN.- ¿Yo! ¡Dios me libre!

(Sale cada vez humo con más fuerza y presión.)

CARLO.- Parece que se está cabreando...

RAMÓN.- Tú sabrás. Tú eres el químico.

(Bocanadas violentas del tubo. CARLO pega un respingo y se esconde detrás del sofá.)

CARLO.- No habrás hecho ninguna tontería, ¿no?

(Nuevas bocanadas del tubo, haciendo un ruido como de becerro.)

RAMÓN.- Un chorrillo, ¿eh! No era tan difícil, ¿verdad?

(Ruido estridente del tubo, como de sirena; empieza a echar chispas. CARLO huye despavorido, se mete debajo del sillón, saca la cabeza, tapándose, pero con curiosidad.)

CARLO.- ¡Si has puesto alguna cosa extraña, te mato!

(Nuevos y extraños bufidos del tubo, cambio de color del humo. CARLO grita:)

¡Madreeeee!

(De pronto el humo cesa. Silencio. Todo el salón en medio de una humareda. CARLO sale. Se va acercando como un indio al tubo.)

Ya está. ¿Y qué? No pasa nada. Nada de nada, la reacción se ha producido. Serás cagón...

(Va a coger el tubo, orgulloso, radiante de felicidad, como si hubiera hecho algo muy importante. Terrible explosión. Se apagan las luces. Gritos de CARLO. Nuevas explosiones. Se le distingue entre las mismas retorciéndose, cubriéndose la cara, en diferentes posturas. Después silencio y oscuridad. RAMÓN enciende un mechero, va hacia el automático y lo cambia. Luz. CARLO tirado en el sofá, gimiendo, cubierto de pólvora quemada, en un estado lamentable.)

RAMÓN.- El maleato. Muy bien. Correcto. Perfecto. Vamos a ver, ¿qué te pasa?

CARLO.- Ay... ay... me has matado... Ay...

RAMÓN.- (Intentando verle la cara.) Vamos a ver...

CARLO.- (Hecho una pantera.) ¡Suéltame! ¡No me toques! ¡Verdugo! **(Se mira.)** Mi cutis... mi cutis... Me lo has quemado... **(Llorón.)** Mi faz... mis dedos... mis falanges abrasadas... Qué va a ser de mí. **(Se toca el pelo. Salto, horrorizado.)** ¡Me lo has quemado, cerdo! **(Se mira a un espejo.)** ¡Ay! ¡Si parezco un negrito! **(Llora cómicamente.)**

RAMÓN.- Lávate la cara, que no es nada.

CARLO.- ¡No me toques, eh! ¡No me toques que grito! ¡Criminal! ¡Sádico! ¿Qué has puesto? ¿Pólvora, no? ¡O Goma 2! ¡Terrorista! ¡Asesino de chulos! ¡Proxeneta! **(Para sí.)** Hacerme esto a mí... Y todo dirigido a la estética. Para mutilarme. Para afearme y destruirme... **(Se vuelve a mirar. Nuevo grito.)** ¡Sangre! ¡Sangre! **(Se acerca y se mira.)** ¡Una erosión facial! ¡Una esquimosis! ¡Petequias! Pero desgraciado, ¿qué me has hecho...?

(Se dirige hacia una puerta del fondo. Se oye al poco correr el agua en el baño. RAMÓN queda pensativo. Pasea. Sale. CARLO, con la cara lavada, a medio peinar. Ha cambiado. Seguro, ofensivo. Se acerca a RAMÓN, le coge por las solapas. Con fiereza.)

No te mato porque eres una *mierdilla* de hombre. ¿Me oyes!

(Le zarandea rojo de ira.)

¿Me estás oyendo, pigmeo! ¡Responde!

RAMÓN.- Sí. Te oigo.

CARLO.- ¿Tú sabes quién soy yo?

RAMÓN.- Carlo Ferranti.

CARLO.- ¿Sabes que he estado en la cárcel por matar a un hombre! ¿Lo sabías!

RAMÓN.- No.

(CARLO le empuja contra el sillón. RAMÓN permanece sentado, inmóvil, mirándole.)

CARLO.- Tráeme algo de beber. ¡Vamos! Ya estoy en la calle.

RAMÓN.- ¿Qué quieres?

CARLO.- Whisky.

RAMÓN.- No hay.

CARLO.- ¿No hay?

RAMÓN.- No.

CARLO.- Ginebra.

RAMÓN.- Tampoco.

CARLO.- Lo que sea. Rápido.

RAMÓN.- No hay nada. **(Pausa.)** Lo siento. Para ti no hay nada. No eres recibido con alegría en esta casa. Bebe en el baño puesto que sabes donde está sin preguntar.

(Se miran. Silencio.)

CARLO.- El baño se intuye. **(Pausa.)** Yo lo intuyo. Tú tienes un rollo malo metido en la cabeza, ¿eh? ¿Tratas así a todo el que viene a traerte algo desde la ciudad?

RAMÓN.- **(Imperturbable. Con el mismo tono.)** ¿Conoces a Silvia?

CARLO.- ¡Te voy a matar! ¡No! ¡No conozco a la Silvia esa!

RAMÓN.- Silvia es mi mujer. ¿Lo sabías?

CARLO.- ¡Y dale! ¡Y dale! ¿Y a mí qué?

RAMÓN.- **(Impertérrito.)** ¿Conoces a Silvia?

CARLO.- ¡No! Jolines, el Oteló ese a tu lado era un «gracioso», ¿eh?

RAMÓN.- No quiero una respuesta ambigua. O sí o no. Si la conoces dices sí, y si no la conoces dices no. Pero nada de medias respuestas.

CARLO.- No.

RAMÓN.- ¿No?

CARLO.- No y no y no. Y cuando yo digo no es sí. Quiero decir: no. Cuando yo digo sí... quiero decir... no... es... ¿Ves? Ya me he hecho un lío. ¡No!

RAMÓN.- ¿Te has acostado con ella?

CARLO.- ¿Y tú? **(Silencio.)** Tú estás enfermo. ¿Qué tienes aquí dentro grabado a fuego, eh, Ramoncín?

RAMÓN.- Evita los apelativos de afecto. O sí o no. Nada de dudas o rectificaciones. Que si esto y si lo otro. La verdad. O sí o no.

CARLO.- Ni sé quién es Silvia. Ni la conozco ni me importa.

RAMÓN.- ¿Definitivamente?

CARLO.- Exacto y definitivo. ¿A gusto?

RAMÓN.- No.

CARLO.- ¿Qué quieres oír?

RAMÓN.- Quiero saber la verdad. Que me la digas tú. De tu propia voluntad. Sin que te ponga un pie en el pecho y te la saque a... puñetazos.

CARLO.- ¿Es ese tu estilo, no? ¿O crees que no lo sé? ¿Crees que está bien pegar a una mujer?

RAMÓN.- ¿Yo?

CARLO.- Tú no. Tú. No se habla de otra cosa. Esos golpes en los ojos... esas palizas tan monstruosas... a traición. Dejar caer un plato y cuando la pobre está recogéndolo, darle con puños y rodillas, con saña... ¡Hacerle crucigramas en la espalda con un bisturí...!

RAMÓN.- ¡Un momento!

CARLO.- Pero, hijo, ¿tanto te costaba comprarte un bloc!

RAMÓN.- Déjate de historias y responde a mi pregunta.

CARLO.- ¿Y eso de cortarle las uñas con un hacha? ¡Cerdo! Si la tenías a la pobre en los muñones como quien dice. ¿Y eso del pelo qué fue? ¿A quién se le ocurre hacerle los rizos a una mujer en la flor de la edad con un lanzallamas? Si tenía la pobre la cabeza como una trufa, hombre.

RAMÓN.- ¿Cómo hablamos, en broma o en serio? **(Saca una navaja del bolsillo, lentamente. La va abriendo, suenan los muelles.)**

CARLO.- Pero ¿y qué me dices de esos partidos de tenis, hombre? Si eso es para matarte... La pobre mujer jugando sola... de un lado a otro... Pum... y corriendo al otro lado... Pum. Jugando por ti y por ella... de un lado a otro de la pista... Volea... *smatch*... Corre que te corre. Y tú en la silla del árbitro... *Match-ball*... *Just*... *Play-back*... y no sé cuántas cosas más decías... siempre jugando contra ella, para dejarla exhausta, desmoralizada, y después apedrearla.

(CARLO ha ido sacando una tremenda navaja automática del bolsillo. La abre y la clava en la mesa de un golpe.)

¿Qué te parece, cholito?

RAMÓN.- Grande. Realmente grande. **(Pausa.)** ¿Y bien?

CARLO.- ¿Otra vez? ¡Pero tú eres incombustible, hijo!

RAMÓN.- O sí o no.

CARLO.- Bueno...

RAMÓN.- ¿Qué?

CARLO.- La vi una vez. Pero sólo una y de lejos.

RAMÓN.- (**Infatigable.**) ¿A qué distancia?

CARLO.- Cuarenta o cincuenta kilómetros más o menos. Más bien más que menos.

RAMÓN.- Para verse a esa distancia es mejor cambiar de continente y separarse para siempre. Tenéis buena vista, ¿eh?

CARLO.- Con prismáticos.

RAMÓN.- Serían telescopios. Porque cincuenta kilómetros... ya son kilómetros para verse.

CARLO.- Verse y no verse. Es distancia, sí. Es distancia. Después de un rato se te quedan los ojos como guisantes y entonces empiezas a maldecir la hora en que... Más que un encuentro parece una punición. No te lo aconsejo.

RAMÓN.- ¿Y cómo sabías que eran cuarenta o cincuenta, si puede saberse? ¿Por qué no treinta? Y ya puestos... porque así hay que ponerse... por qué no veinte o dos... O uno encima del otro.

CARLO.- ¿Y por qué no sesenta, pedazo de maniático? ¿Qué querías, que fuésemos con una cinta midiendo metro a metro la distancia para, si algún día se te ocurría preguntar como un becerro a qué distancia os visteis, responder con toda exactitud a cuarenta kilómetros, dos hectómetros, tres decámetros, cinco metros?... No hombre, no. Cuarenta o cincuenta kilómetros. En general. Hablando de medias aritméticas y de distancias globales. Somos amantes. No topógrafos. (**Medio sonriendo.**) ¡Perdona, que me he vuelto a equivocar! Nada de amantes. Am... amigos. Empieza por am... Ni eso.

RAMÓN.- *Teleamigos.*

CARLO.- ¡Acertado! Has dado en el clavo, Ramón.

RAMÓN.- Me parece que no te has dado bien cuenta de la situación, Carlo. Creo que no la has analizado con suficiente claridad. Da la impresión de que todo esto te hace gracia, sí. Contestas como lo haría... qué sé yo... un surrealista. Juegas. Y es una pena, Carlo, porque aunque me vas cayendo bien... y te voy cogiendo simpatía porque me parece que no eres una mala persona... tan sólo un pequeño degenerado sin fortuna... igual **(Silencio.)** te voy a tener que matar.

(Amplia y progresiva sonrisa de CARLO. Su cara ha tomado lentamente un aspecto totalmente inusual, de hombre peligroso en extremo.)

CARLO.- **(Lento.)** Eso no te lo crees ni tú.

RAMÓN.- Ten cuidado. Procura ser sincero por una vez en la vida. Te estoy dando una oportunidad. Cuéntamelo todo. Lo quiero saber todo. Del principio al final. Sin metáforas ni interpretaciones. Sin bromas. No te intentes reír de mí, Carlo. Cuenta. Cuéntalo bien, tal y como ha sido porque en ello te va el pellejo.

CARLO.- Mira... te voy a decir una cosa. Para que lo tengas en cuenta la próxima vez antes de amenazar a nadie. Matar a un golfo... es muy difícil. ¿Y sabes por qué? Porque tenemos algo muy estupendo... lo más caro y mejor. **(Se señala la cabeza con el índice.)** Imaginación, Ramón. Imaginación, que tú nunca has tenido ni en casa ni fuera de casa. Por eso te has quedado en lo que te has quedado, en un esclavo en el trabajo y en un cadáver en casa.

RAMÓN.- ¿Y cómo lo sabes?

CARLO.- Me lo dijo.

RAMÓN.- ¿A cuarenta o cincuenta kilómetros?

CARLO.- **(Con media sonrisa, cogiendo un trozo de jamón.)** Es que... hubo otra. No una vez entera. Ni mucho menos. No te vayas a creer. En total nos hemos visto una y media. Como cómputo global. Porque la segunda vez nos vimos tan poco que ya fue casi de risa. Porque estábamos tan lejos, que casi ni nos vimos.

RAMÓN.- **(Precisando.)** Nos entrevistamos.

CARLO.- ¡Perfecto! *Oyes*, que no fallas ni una, eh...
(Divertido.) Estaríamos como a doscientos o doscientos cincuenta kilómetros... Para que te hagas una idea.

RAMÓN.- Para hablaros tendríais que coger un avión.

CARLO.- ¡Correcto otra vez! Eso fue lo que hicimos. **(Nuevo trozo de jamón.)**

RAMÓN.- Vaya unas relaciones... Para eso mejor enamorarse de un piloto y no de un chulo de mala muerte.

CARLO.- Mucho ojo, abuelo, que no me ha dado ni cinco. Todo lo contrario. Incluso esa vez que nos vimos, cuando nos juntamos, me dijo: *oye, Carlo, ¿tienes suelto?* Y yo le dije: *sí.* ¿Y sabe para qué era el suelto? Para llegar a fin de mes, imbécil. A ver si te metes de verdad en el mercado libre, sacas un poco de ambición y le permites a tu mujer acudir a las citas en Concorde y no en avioneta... que iba la pobre como uno de esos pilotos de la primera guerra mundial... sujetándose el sombrero... con el bolso al aire, dando tumbos por las alturas...
(Excelente histrión, CARLO va imitando el vuelo de Silvia en avioneta. Nuevo trozo de jamón.)

RAMÓN.- **(De pronto exasperado.)** ¡Y venga jamón, y venga jamón! ¡No paras! ¿No sabes hablar con la boca vacía? ¡Me va a costar sacarte la confesión medio año de trabajo!

CARLO.- **(Con odio.)** ¡Usurero!

RAMÓN.- ¡Me cuesta mucho ganarlo, rico! ¡Muchas horas! ¡Muchos números!

CARLO.- Avaro...

RAMÓN.- ¡Y esta casa la he ido pagando con muchas privaciones, para que lo sepas!

CARLO.- Y lo que te queda...

RAMÓN.- **(Repitiendo.)** Y lo que me queda... ¿Pero tú cómo lo sabes? ¡Habla!

CARLO.- Es que... **(Avergonzado.)** hubo otra vez.

RAMÓN.- ¿Otra?

CARLO.- Otra, pero no entera... ¿comprendes?

RAMÓN.- Cero, coma, veinticinco, ¡vaya!

CARLO.- ¡Has vuelto a acertar!

RAMÓN.- ¡Y a mil kilómetros!

CARLO.- No llegó. Qué va.

RAMÓN.- ¡Ya me tienes hasta las narices! ¡Se me está empezando a agotar la paciencia! ¿Hubo tocamientos?

(Cara de horror de CARLO. Se lleva las manos a la cabeza.)

CARLO.- ¿Toca... qué? **(Nuevo trozo.)**

RAMÓN.- ¡Y venga jamón! ¡Y más jamón! Te va a salir el colesterol por las orejas...

CARLO.- ¿Rozamientos dices?

RAMÓN.- ¡Vaya, que si le metiste mano!

CARLO.- ¡Qué grosería! ¡Qué vileza! ¡Qué falta de educación! ¿Y a meter mano le llamas tocamientos? Pero, ¿a qué colegio has ido, Ramón?

RAMÓN.- ¡Qué falta de vergüenza! ¡Qué cinismo! ¡Hacerle esto a un pobre funcionario!

CARLO.- **(Orgullosa y ofendida.)** ¡Meter mano, sí! ¡Pero de tocamientos nada!

RAMÓN.- ¡Y lógicamente también a distancia, no!

CARLO.- No te puedes hacer una idea... Tuve que alargar los brazos hasta el paroxismo del dolor... No te aconsejo relaciones así, Ramón. **(Bruscamente serio.)** Porque se padece, Ramón. Mucho. Se sufre. Está uno tan lejos, tan solo, alargando las manos sin asir nada, sin compañía, solo como un perro, casi soñando. No es tocar, sino hundirse más. Dispara la imaginación al vacío, para quedarse más solo que antes. **(Silencio.)** ¿Te has dado cuenta alguna vez de que Silvia está muy sola?

RAMÓN.- **(Agrío.)** Déjate de filosofías y dime si te has acostado con ella. Yo sé muy bien cuáles son mis fallos como ser humano. No me hace falta ningún enteradillo para que me los recuerde. ¡Habla!

CARLO.- No.

RAMÓN.- (**Sacando una fotografía.**) ¿Y esto?

CARLO.- ¡Vaya! Fotografía rural... No sabía que fueras aficionado. Silvia no me había dicho nada. (**Confidente.**) No estamos... lo que se dice, acostados, Ramón.

RAMÓN.- Tú, ¿cómo lo llamarías?

CARLO.- Dándole un título un tanto impresionista, *Desnudos en la floresta*. Ni Silvia ni yo creemos en la utilidad de la vestimenta convencional. Nos gusta disfrutar de nuestro cuerpo al aire libre. Aquí, por ejemplo, cada uno puede pensar lo que quiera, pero la realidad, tal cual, es que fijate... estábamos cogiendo caracoles.

RAMÓN.- En pelota viva.

CARLO.- Simplemente ecologistas. Ambos tenemos afición por los caracoles. Ya está.

RAMÓN.- Y cogéis el coche, vais al campo, os empelotáis y hala, a disfrutar.

CARLO.- A coger caracoles, Ramón. No le busques segundas. Y además a ti bien que te gustan, ¿eh...?, con su picante y su choricito... (**Nuevo trozo de jamón.**)

RAMÓN.- (**Un poco avergonzado.**) Sí, lo reconozco. El caracol es un bocado exquisito. Si se sabe limpiar y preparar, claro.

CARLO.- Silvia los guisa que quitan el sentido.

RAMÓN.- Eso... eso es... ¿a que no sabes cómo les quita la baba?

CARLO.- No...

RAMÓN.- Hay que ponerlos con agua y tabaco la noche anterior. ¿Ves?

CARLO.- Ni idea, oye. Y, por cierto... buena cámara, eh. Muy buena. Qué definición. ¿La hiciste tú?

RAMÓN.- Sí.

CARLO.- En fin, ya has visto lo que tenías que ver. Ya sabes lo que tenías que saber. Tu mujer se dedica a la recocida del caracol con un desconocido.

RAMÓN.- Por lo tanto... sois caracoleros.

CARLO.- Caracoleros... sin lascivia. Precisemos. Sin la menor mirada libidinosa.

RAMÓN.- Tengo más fotos.

CARLO.- **(Inocente.)** ¿Más?

(RAMÓN abre un pequeño cajón de un mueble. Caen muchas fotografías.)

¿Todas esas?

RAMÓN.- Todas.

CARLO.- **(Cogiendo una.)** ¡Uy! Pero... te has dejado una fortuna...

RAMÓN.- **(Diagnóstico taxativo.)** Fornicación.

CARLO.- ¡Pero si estoy encima de ella! Oyes no irás a creer que...

RAMÓN.- ¡Nada de eso! Soy incapaz de hacer una cosa así... No ves que las he hecho yo.

CARLO.- ¡No me digas! Ni detective privado ni nada. Te fuiste al campo con tu máquina y tu bocadillo... te escondes... y... plas... plas... una aquí, otra allí... Pues tienes muy buenas condiciones, Ramón. Estás perdiendo el tiempo trabajando en una oficina. De fotógrafo no tendrías precio.

RAMÓN.- ¿Y qué hacías encima de ella?

CARLO.- ¿Por qué lo preguntas si lo viste? Tropecé y caí. Ella estaba por medio. Caímos. No le hice daño. Yo me excusé. Ella dijo que no era nada. Que había estado a punto de partirla una costilla pero que afortunadamente sólo se había hecho daño en una teta. Yo se la cogí entre las manos. La palpé por si tenía un hematoma interno. También afortunadamente no lo había. Tan sólo una pequeña erosión sin importancia. Cogí la otra para comparar. Nada. El mismo peso más o menos...

RAMÓN.- (Asintiendo.) Más o menos.

CARLO.- La misma estructura glandular. Todo en orden..., ¿no sabes? No había masas extrañas... **(Describe los movimientos con las manos.)** Tose, le dije. Tosió. Aquello se movía con toda normalidad. *Vuelve a toser*, le dije. Ella volvió a toser... con más fuerza.

RAMÓN.- Hasta cinco veces seguidas le hiciste toser. ¿Qué pretendías? ¿Desgarrarle un pulmón? ¿O simplemente que te pusiera... calentito?

CARLO.- Tú tienes la mente podrida. Te crees que la gente anda por ahí buscando placeres aleatorios y efímeros. Nada de eso. No hacía falta que me pusiera caliente. Ya lo estaba antes de tropezar. A ver si tú te crees que porque seamos nudistas, ecologistas y culturistas no somos seres humanos, oye. Una tía en pelotas al lado... eso... qué quieres que te diga... caliente.

RAMÓN.- Y más si es la mujer de otro.

CARLO.- Bueno... eso... eso ya... Entonces, chico... si que es una cosa...

RAMÓN.- A mí me parecía, cuando estabas encima de ella, en el suelo...

CARLO.- (En corrección.) En la hierba... en la hierba...

RAMÓN.- ... me parecía que te movías.

CARLO.- ¡Ni hablar! Tu ves visiones. Tú deliras, Ramón. ¿Para qué me iba a mover cuando estaba encima? ¿A ver?

RAMÓN.- Eso es lo que me pregunto.

CARLO.- Dime, para qué me iba a mover con lo a gustito que estaba ahí encima...

RAMÓN.- Es que si te hubieras movido... la cosa hubiese resultado altamente sospechosa.

CARLO.- ¡Nos ha fastidiado! Si cuando uno se sube encima de alguien, se empieza a mover... eso ya... vamos... indica... que... están...

RAMÓN.- Por eso te lo digo. ¿No sabes a qué me refiero?

CARLO.- ¡Por supuesto! ¡Pero yo no me moví!

RAMÓN.- No estoy tan seguro.

CARLO.- (Ofendido.) ¡No me moví! ¡No me moví! Me quedé un ratito, eso sí... Pero sin moverme. Quieto como un palo.

RAMÓN.- Estabas bien, ¿verdad?

CARLO.- ¡Bueno! Es que Silvia tiene un cuerpo, que si nace alfombra persa, no tendría precio.

RAMÓN.- Me pareció ver, desde luego, que el culo si lo movías algo, eh, Carlo.

CARLO.- ¡De eso nada! ¡Nada de nada! Y no es por echar leña al fuego, pero tienes que saber que yo, cuando hago el amor, nunca muevo el culo. ¿Captas?

RAMÓN.- ¿Cómo haces?

CARLO.- Es... concentración, ¿no entiendes? **(Gestos de CARLO mostrando su técnica amatoria, en plan virtuoso, superconcentrado, casi inmóvil.)**

RAMÓN.- (Enseñándole otra foto.) ¿Y ésta?

CARLO.- (Disparatado.) ¡Eso ya es otra cosa! Ahí sí que no... ¿Ves? Igual que antes te dije una cosa, ahora te digo otra. Eso fue cogiendo setas.

RAMÓN.- Cogéis de todo, eh. Un día, si esto sigue así, nos vamos a envenenar.

CARLO.- Bien que te gustan también... Me ha dicho Silvia que te comes unos *platazos* hasta arriba que dan miedo... Y que les echas patatas y trozos de pan para que cundan y te duren más.

RAMÓN.- Qué voy a hacer... Qué remedio. Y no es por glotonería. Es por si alguna vez te equivocas y coges unas cuantas envenenadas y se acaba toda esta historia...

CARLO.- Venga... venga... que entre caracoles y setas y demás... ya has comido unos cuantos kilos en el último tiempo.

RAMÓN.- ¿También tropezaste entonces?

CARLO.- ¡Qué va! Ella se agachó a coger una seta extraviada... algo fuera del camino. Y eso hay que reconocerlo... Hubo picardía femenina. Sí. Lo reconozco. Y siento vergüenza. Porque se agachó a coger la seta extraviada como se agachan a cogerlas en las películas *porno*, ¿entiendes? **(Imita a Silvia agachándose a coger la seta, con las piernas algo entreabiertas.)** En fin, qué te voy a contar si tú estabas por allí escondido, según me has comunicado, con tu maquinita... entre las matas.

RAMÓN.- Estaba subido a un árbol. Para que lo sepas. A un tilo. Y hacía un calor que de poco no me caigo y me reviento contra el suelo.

CARLO.- **(Siguiendo.)** Pues... ella se acercó a la seta, la miró, se volvió cuando estaba agachada... y dijo... ¡Uy, mira, si parece que ésta es venenosa!

RAMÓN.- Tampoco era una noticia tan relevante para darle tanto énfasis.

CARLO.- Ya sabes cómo son las mujeres...

RAMÓN.- ¿Y tú?

CARLO.- Yo me acerqué por detrás. Se me había calentado la sangre, lo reconozco. No es digno en un ecologista nato como yo, pero así fue. La sangre hizo así... ¡prum! **(Movimiento hacia adelante con los brazos, como indicando impulso.)** Hablo de la sangre, eh. No de otra cosa.

RAMÓN.- No... **(Mirando la foto.)** Si se ve... se ve...

CARLO.- Me acerqué...

RAMÓN.- Siempre por detrás.

CARLO.- **(Irritado.)** ¿Por dónde querías que me acercara si estaba detrás? ¿Que diera un salto? ¿Y si lo hubiera dado, no hubiera sido mucho más peligroso en las condiciones que estaba? ¡Hombre, si es que le pones a uno fuera de sí, con tantas suspicacias y sospechas!

RAMÓN.- Al grano. Te acercaste, ¿y qué?

CARLO.- **(Actuando.)** ¿Venenosa? No... **(Con mimos.)** *creo que no... Silvia... Esta seta es comestible... Ésa... y ésta... me dijo ella. No sé muy bien a qué se referiría. Yo, como si nada, la examiné detenidamente... (Adopta la posición de examinar la seta, pero por detrás de Silvia, en postura sospechosa y acrobática.) Es comestible... es comestible... seguro. Se la vamos a dar a tu marido para tener la certeza de que no tengo una formación naturista deficiente.*

RAMÓN.- **(Convencido.)** No era venenosa. Aquí estoy. Una calidad excepcional.

CARLO.- ¿Lo ves? Esto es colaboración, grupo, camaradería, colectivo.

RAMÓN.- Aquí en la foto no estás precisamente sosteniendo la seta...

CARLO.- ¡Déjame ver! **(Observa la foto.)** ¡No, hombre! Esto es después.

RAMÓN.- Aquí estáis en el suelo...

CARLO.- En la hierba... Es que también tropecé.

RAMÓN.- ¿Y qué tal si te graduaras la vista antes de ir al campo? No es por nada. Es que algún día te va a pasar una desgracia. Además, con el agravante, que cada vez que te caes, ¿ves?, te agarras al mismo sitio. Tienes una fijación.

CARLO.- **(Mirando la foto.)** Sí... lo reconozco. Es que hay que reconocer que Silvia tiene un pecho... sensacional.

RAMÓN.- Eso hay que reconocerlo. Por vez primera estamos de acuerdo. ¿Cuál es tu ideal?

CARLO.- Dos cocos. Precisamente el suyo.

RAMÓN.- Exagerado... **(Rectificando.)** Dos chirimoyas.

CARLO.- Una chirimoya y tres cuartos porque el derecho lo tiene algo más pequeño. Ciento ochenta y cuatro centímetros cúbicos entre los dos, para ser más exactos. Lo tengo medido... seis de base, cinco de altura... cuatro de base a pezón. Aquel día llegué incluso a hacer un molde con yeso. Lo medí con agua. El volumen es exacto. Yo nunca miento.

(Silencio. RAMÓN mete la mano lentamente en la chaqueta y va sacando una pistola.)

RAMÓN.- (Coloquial.) ¿Y de los pezones qué me dices?

CARLO.- (Sin sobresaltarse, casi divertido.) ¿El volumen, quieres saber? No llega a un centímetro coma doscientos milímetros cúbicos entre los dos.

RAMÓN.- (Cargando la pistola.) Sí, los tiene bastante puntiagudos.

CARLO.- ¿Puntiagudos? ¡Como alfileres! Mira cómo tengo las manos. **(Le enseña las manos cubiertas de pequeños puntitos.)**

RAMÓN.- Ábrete la camisa.

CARLO.- ¿Y a qué viene esto?

RAMÓN.- No hagas que me enfade...

CARLO.- Que me abra la camisa. Bueno, pues me la abro. **(Se abre la parte superior de la camisa. Tiene el tórax cubierto de idénticos puntitos.)**

RAMÓN.- Sí... como yo. Yo también tengo el pecho como un legionario.

CARLO.- Pero no vayas a pensar mal, ¿eh...? Noto algo ahí rondándote la cabeza... Te juro que he respetado en todo momento a tu mujer. Vamos que me salga un cáncer en la lengua si... **(Queda pensando. Mueve la lengua dentro de la boca. Se mete el índice y se toca.)** Tengo aquí una pupita que me tiene más preocupado...

RAMÓN.- Y dicho sea de paso... espero que no tendrás por ahí alguna cosa rara... abajo, ¿verdad?

CARLO.- Poca cosa.

RAMÓN.- ¡Vaya!

CARLO.- Un poco de herpes..., ¿entiendes? Lo habitual... Crónico. De esos que no se quitan ni a martillazos.

RAMÓN.- Un hombre de tu experiencia... **(Se toca el labio, preocupado.)**

CARLO.- Muchas ni las recuerdo...

RAMÓN.- ¿Echas una gotita por las mañanas... blanquecina... como pus?

CARLO.- ¿Una gotita? Un salivazo.

RAMÓN.- Ya decía yo.

CARLO.- Como he recorrido tanto mundo.

RAMÓN.- Y no te tratas.

CARLO.- ¿Para qué? Como en seguida voy a coger otra gonorrea para qué hacer gasto. ¿No entiendes? Me lavo. Eso sí. Pero como también tengo ladillas y me rasco mucho, ¿no entiendes? Lo tengo todo escocido y conviene no irritarme los tegumentos.

RAMÓN.- (**Rascándose levemente.**) Ya decía yo.

CARLO.- Te noto intranquilo.

RAMÓN.- (**Acabando de cargar la pistola.**) Son los nervios...

CARLO.- Oye... A ver si vas a estar enfermo tú y me has pegado algo, eh. No quiero ni una broma. Si tienes algo, dímelo, que yo soy muy aprensivo y con mis genitales no quiero problemas.

RAMÓN.- No te preocupes, si a este paso igual tenemos que montar nosotros una consulta de éstas. Como ya tenemos la base que es el material...

CARLO.- (**Como si no comprendiera.**) Ah... Ya caigo, ya caigo.

RAMÓN.- ¿Y la prueba esa de moda que se hace todo el mundo... te la has hecho?

CARLO.- ¡Claro!

RAMÓN.- ¿Y qué?

CARLO.- (**Convencido.**) ¡Muy positiva!

RAMÓN.- Vaya un regalito de tío.

CARLO.- Como tengo tanta experiencia, ¿no entiendes?

RAMÓN.- ¿También haces «pasarela»?

CARLO.- (**Comprendiendo la doble intención.**) ¡No te digo! Mira... (**Realiza diversas posturas decisivas, coqueto, con gracia.**) Por tener tango hasta tricomonas. Y el toxoplasma porque me ha desaparecido por azar que si no... Que aunque no sea de lo mismo... siempre molesta, por qué no decirlo todo.

RAMÓN.- Vaya... vaya un regalito. (**Deja la pistola en la mesa.**)

CARLO.- Es lo que me dice todo el mundo. Pero yo estoy muy feliz. He disfrutado mucho en mi vida... Y además... fijate, Ramón, no me importa morir. (**Se abre la chaqueta. Tiene una metralleta pequeña colgada de la axila. La saca. La deja encima de la mesa. Silencio.**) Siempre voy preparado para todo. Mi vida es un torbellino y yo estoy metido en él. Lo siento, Ramón. Te ha salido mal la jugada. ¿Ves? (**Abre la bolsa que llevaba. Saca lo que hay en su interior: peine, colonia, mechero, droga, preservativos. Estira uno, de los musicales. Se oye música, pero a todo volumen, eléctrica, excitante.**) No me hace falta transistor. Lo llevo todo incorporado. Soy lo que se dice un todoterreno.

RAMÓN.- Está bien, Carlo. Me rindo. Ya veo que es difícil sorprenderte. Navaja. Metralleta... (**Señalando los preservativos.**) Material de trabajo... Como suponía, las flores eran para Silvia.

CARLO.- ¿Tanto has tardado en darte cuenta? Tú sabías todo esto... lo del campo... Las fotos... Tú me estabas esperando. Armado. Supongo que para... matarme.

RAMÓN.- No. Te equivocas.

CARLO.- Entonces, ¿no nos vamos a matar como en tiempos de Calderón?

RAMÓN.- No. Tengo otros planes, fijate.

CARLO.- Ni pegarnos ni... nada. ¿No vamos a pelear como dos bravos representantes de nuestro sexo por una mujer?

RAMÓN.- No.

CARLO.- Así me gusta. No sabes el tiempo que hacía que no me encontraba con un marido tan... inteligente, tan civilizado, que sabe poner las cosas en su sitio.

RAMÓN.- Nada de eso. Ya te digo que tengo otros planes. Choca esos cinco, Carlo. La mano de un amigo.

(RAMÓN **extiende la mano**. CARLO **duda, desconfiado**.)

Venga... amigos.

CARLO.- Explica. Habla.

RAMÓN.- La mano.

(CARLO **le tiende la mano**. RAMÓN **la estrecha**. **Se nota que empieza a apretar**. **Ambos aprietan**. CARLO **empieza a poner cara de dolor**.)

CARLO.- Oye...

RAMÓN.- (Que sigue apretando la mano.) ¿Qué te sucede, cholito?

CARLO.- ¿Vale, no, tío?

RAMÓN.- ¿Te hago daño?

CARLO.- (Con cara de dolor.) Tengo las manos frágiles... de artista. ¡Ya está bien!

(Se intenta soltar. No puede. RAMÓN **sigue apretando**.)

RAMÓN.- ¿Está bien? ¿Por qué?

(CARLO **cierra la mano izquierda**.)

CARLO.- ¡Te voy a dar! ¡Suelta!

(RAMÓN, sin soltar, le agarra por el cuello, empieza a apretar.)

RAMÓN.- ¿A papá? ¿Le vas a pegar a papá? **(Le tira contra el sillón.)** ¡A tu Ramón le vas a pegar! ¿Por qué no coges tu navajita, eh? ¿Por qué no?

(CARLO hace ademán de coger la navaja de la mesa. Terrible golpe de RAMÓN en la cara. CARLO se levanta, sangrando. RAMÓN ha separado la mesa para que no alcance las armas.)

CARLO.- De esto te vas a acordar..., Ramón.

RAMÓN.- ¿Sí?

(RAMÓN se dirige hacia él. CARLO huye, sale corriendo hacia la puerta. Intenta abrirla pero está cerrada con llave. Silencio.)

¿De qué me voy a acordar, dime?

CARLO.- ¡Abre esta puerta!

RAMÓN.- Esa puerta no se abre. Tranquilízate. No voy a hacerte nada. Te quiero con vida. Cuestas mucho dinero. Y yo lo necesito para salir de esta basura. Tranquilo. No será mucho tiempo. **(Coge un garrote.)** Tan sólo un secuestro un poco... accidentado.

(Va hacia él con el garrote levantado. CARLO se protege con los brazos. Golpes iniciales. Gritos. Oscuridad.)

PARTE II

Idéntico salón, pero ahora en unas condiciones lamentables. Sucio, desordenado, inmundo. Papeles por el suelo, muebles volcados, muebles rotos, botellas vacías, platos, alfombras rotas, paredes pintadas, lámparas caídas. En este ambiente, RAMÓN, exactamente en la misma posición que al principio de la obra, pensativo, con la mirada perdida en el vacío, impecable. En contraste, CARLO, en un estado calamitoso, con la cara y cuerpo llenos de golpes y moratones, sucio, desgredado, con la ropa hecha jirones, gritando, bailando, eufórico. Fuma un pitillo sospechoso, mal liado. Tiene un vaso en la mano. Suena en el tocadiscos una estúpida música, rítmica, a todo volumen, electrizante: «Vamos todos a bailar...», una copia de la canción americana «¡Oh! Susana...»

RAMÓN.- ¡Calla!

CARLO.- ¡Yupiiiiiii!

RAMÓN.- ¿Quieres hacer el favor de bajar esa música?

**CARLO.- (Cada vez más eufórico, histrión.)
¡Yupiii-yupooooo! ¡Yupiiii!**

(RAMÓN sigue estoico aguantando la exhibición de CARLO, que baila, se retuerce, gesticula, muy en su mundo, bajo el efecto de la grifa.)

¡Esto es la gloria, amigo! El paraíso. Diez días aquí encerrado contigo en esta casa... esperando que mis papás me rescaten... y pasándolo como hace mucho tiempo que no lo pasaba de bien... ¡Ah... Ramón... qué suerte haberte conocido! ¡Ni vacaciones en el mar ni en la montaña! ¡Ni Ibiza ni Marbella! ¡Nada! Esto... aquí... ¡Ah...!

(Sigue bailando. Movimientos incongruentes de brazos y piernas, de misteriosa significación psicodélica. Muecas. Acaba el disco. CARLO queda en el centro de la escena, como aterrizando. Mira a alrededor. Va hacia el tocadiscos. Vuelve a poner el disco.)

RAMÓN.- (Empezando a estar harto.) ¿Otra vez la basura esa!

CARLO.- Ciento cuarenta y cinco veces seguidas... Un récord. Sí. **(Va hacia la pared. Con una tiza pone una raya detrás de otras semejantes.)** Y ahora que lo pienso..., sí, he cambiado de opinión respecto a ti, Ramón. Eres... un santo. ¡Un santo, un ángel! Aguantarme a mí diez días seguidos sin salir de casa, los dos, juntitos, frente a frente, como dos amantes haciéndonos guisos y guisos, día tras día, aquí, en pleno campo, aislados. Tiene mucho mérito, Ramón. Aguantarme a mí diez días seguidos, yo que no me aguanto ni durmiendo... eso, Ramón, merece... una medalla. Viva tú, Ramón... enhorabuena. Venga esa mano, tío. **(Le tiende la mano. RAMÓN ni se inmuta.)** ¿No me quieres dar la mano?

RAMÓN.- Te he dicho que bajas la música.

CARLO.- Anda... bájala... tú, si eres valiente. Vamos a ver. Anda. Levántate y bájala si eres hombre. Ahora... precisamente ahora vamos a ver quién manda aquí.

(RAMÓN se levanta, baja la música. Se vuelve a sentar. CARLO se ha quedado de pie, medio encorvado, mirándole. El actor debe aparentar cierta sorpresa por la reacción de RAMÓN. Se le queda mirando. A poco, guiña un ojo para verle con mas precisión.)

Muy bien. ¡Muy bien! Así que esas tenemos, eh. Chulito. Muy bien. Pues mira lo que hago. **(Va al tocadiscos y pone la música a todo volumen, desafiante.)** ¿Y ahora qué! ¿Qué me dices ahora, cholito!

(RAMÓN sigue impasible. Viendo que no le puede sacar de sus casillas. CARLO vuelve de repente a su danza fantástica, brincos, posturas. Se pone encima de la mesa, hace que nada, siempre al ritmo y con arte. No haciendo el drogadicto. RAMÓN se levanta, coge una navaja y corta el cable del tocadiscos. Se vuelve a sentar. CARLO hace extrañas muecas, le observa detenidamente, con gracia.)

¡Muy bien! ¡Pero que muy bien! De tío, eh... Estupendo. ¡Estupendo! Dime una cosa... por casualidad... y sin entrar en intimidades... ¿tú, hijo, de dónde eres?

RAMÓN.- Gallego.

(Brusco cambio de expresión de CARLO, como iluminado, perplejo.)

CARLO.- ¡Acabáramos! ¡Galicia tenemos! ¡Otro gallego! El que faltaba... (Ríe.) ¡Viva Almería! ¡Viva mi tierraaaaaaaa! ¡Viva Palomares, Aguadulce y Huércal! ¡Muera el Ferrol, Pontevedra y el Celta de Vigo!

(RAMÓN da un respingo.)

RAMÓN.- (Muy serio.) Oye..., del Celta ni una palabra, eh. No te lo consiento. ¿Me estás oyendo? Ni una broma. Por ahí no paso.

CARLO.- Anda... Claro... ya lo entiendo. Todo clarísimo. Ya sé quién eres.

RAMÓN.- Y al Ferrol y a Pontevedra déjalos en paz que me levanto y te aso.

CARLO.- ¿Dónde has nacido, Ramón? Por simple curiosidad.

RAMÓN.- En Santiago. (Levanta el índice.) Pero ten mucho cuidado con lo que dices...

CARLO.- (Colérico de pronto.) ¡Santiago ni era apóstol ni era nada! ¡Un tunante! ¿Así que Santiago, el verdadero, el bueno, se va a ir a Galicia en aquellos tiempos, con el frío que hacía, siendo apóstol! ¡Cuento! ¿Qué se le había perdido en Galicia! Si es que hoy en día y con sólo cruzar el Bierzo se te congelan las membranas todas del cuerpo, hijo... Si te puede entrar hasta tuberculosis, hombre, de tantos gallegos como empiezan ya.

(RAMÓN se pone bien el cuello de la camisa, lívido.)

¿Pero qué tenéis allí, hombre? ¿De qué presumís? ¿Habéis inventado acaso el pulpo vosotros? ¿Y percebes hay en todas partes, o no? ¡Hasta en el pueblo más humilde de Andalucía tienes percebes tan ricos como los de Santiago!... Pero encima... ¿Hay percebes en Santiago? ¡Venga, hombre! En Santiago hay curas. Curas y secuestradores. Pero, ¿qué habéis inventado vosotros? Si sois una tierra de contrabandistas. **(Cayendo.)** ¡Claro! Ahora me explico todo este plan maquiavélico. Secuestrar al amante de su mujer... A quien se le diga... Es el crimen organizado, nada más. La lujuria financiada.

(RAMÓN, muy despacio, coge el garrote.)

RAMÓN.- Dime dónde quieres que te dé.

CARLO.- (Valiente, como si no hubiera oído.) ¿Por qué no has secuestrado a un compatriota, dime? Así podría haceros buen lacón con grelos y toneladas de orejas de cerdo con pimentón. ¿Pero a quién se le ocurre arrancarles a los pobre animales las orejas para comérselas...? Si es que estáis en estado totalmente salvaje, oye...

(RAMÓN se levanta, va hacia él.)

Además..., ¿qué te hemos hecho nosotros? ¿O qué te pica? ¿Que Silvia haya nacido también en Almería y sea paisana mía? ¿De ahí viene todo?

RAMÓN.- Te voy a dar exactamente diez minutos. Si en diez minutos no está la casa como una joya...

CARLO.- (Tirándole de la mejilla.) ¡No, no! No cambies de tema, gracioso... Responde. Ahí te ha dolido, ¿eh...? Mucha *Terra Nosa* e historias y al final una de Almería te ha metido en el canasto... ingenuo.

RAMÓN.- Anda, cállate, que te conviene. Deja ese tema.

CARLO.- (Regodeándose.) ¿Qué pasa? ¿Te crees que me das miedo con tu garrote? Si vieras lo ridículo que eres... ¿Qué? ¿Nos vas a matar a todos los de Almería? ¿La vas a arrasar? ¿Eh? ¡Habla! **(Sonríe.)** Silvia y yo tenemos afinidades... **(Mueve los dedos, buscando la palabra.)** terrenales... terráqueas... comarcales... y vecinales... Hemos nacido de la misma tierra... con la misma savia... el uno para el otro. Somos paisanos. Y esto es algo muy grande. ¡Muy grandioso! **(Observa el efecto de sus palabras.)**

RAMÓN.- (En otro tono, serio, pero casi ridículo, a destiempo.) Algún día te darás cuenta del daño que me has hecho.

CARLO.- (Eufórico, feliz.) ¡No, mimos no, querido! Nada de tristezas. ¡Responde! ¿A qué se debe esta persecución, Ramón? ¿A un odio genético y ancestral quizá? ¿Qué pasa? ¿Tenemos nosotros la culpa de tener mejor pescado que vosotros? ¿Y de tener esta tez tan bronceada y exultante, tenemos la culpa? **(En otro tono, cortante.)** Si se te ocurre tocarme... te mato.

(Silencio.)

RAMÓN.- Carlo..., me estás empezando a hartar.

CARLO.- Ya sabes... quien algo quiere algo le cuesta. Yo no sé si de aquí voy a salir con el síndrome de Estocolmo o no. Pero sí te puedo decir..., puedo jurar por mi madre, que tú vas a salir con el síndrome de Almería. Y es algo que... ya verás... ya verás... No te vas a olvidar fácilmente.

RAMÓN.- Te doy diez minutos. Estoy harto de esta porquería, de este olor... Has dejado esto como un estercolero. ¿Qué piensas? ¿Que te voy a limpiar yo la caquita?

CARLO.- Sí. Precisamente. Eso es lo que pienso. **(Se sienta, pone las piernas encima de la mesa, tirando platos y restos de comida al suelo.)** Por una vez has acertado.

(RAMÓN mira a su alrededor. Deja el garrote en un rincón, va hacia su sillón, intentando controlarse. Queda absorto, como entristecido.)

¿Y Silvia?

(Silencio.)

Decías que iba a venir... Un día..., después otro y otro. Pero Silvia no aparece. ¿Dónde está? ¿La has matado?

(Silencio.)

Porque tú eres de esos tipos capaces de hacer una cosa así. Lo tienes todo dentro cubierto de mierda y no te importa ir ensuciándolo todo lo que tocas.

(En un brusco movimiento RAMÓN da una tremenda bofetada a CARLO que le hace caer al suelo, sangrando.

Este se levanta. RAMÓN mete la mano debajo de su chaqueta. CARLO pasea por el salón. Al llegar a la puerta se tira al picaporte e intenta abrirla con fuerza. Inútil.

Vuelve a pasear. RAMÓN le sigue. Se vuelve a sentar al lado de RAMÓN, casi frente a frente. Se limpia la sangre.)

En el fondo, lo tuyo es triste, sí. En el fondo me pregunto quién es el chulo aquí. Porque fijate... que tú has tenido que esperar a que tu mujer se buscara otra persona que le diera un poco de cariño... alguien con un poco de corazón, para diseñar este plan maquiavélico, tan retorcido como tú, para poder tener opción a salir de la penuria en la que te encontrabas.

Porque si tu mujer no se echa un amante con padres millonarios, dime tú a qué expectativa de vida podrías aspirar tú, con ese cuerpo y esa inteligencia y ese don de gentes. Vaya un plan de jubilación más opulento... Yo soy tu plan de jubilación. Por eso te hago falta y me dejas vivo. Por eso no me harás nada. Por lo menos hasta que tengas el dinero en tus manos.

(Silencio. CARLO le devuelve la bofetada. RAMÓN no se inmuta. Se limpia la sangre.)

RAMÓN.- ¿Tienes algo más que decir?

CARLO.- Sí... Desde que te conozco un poco más de cerca, me he dado cuenta de que no eres mala persona, aunque lo parezcas. Eres un pobre hombre y acomplejado, pero no eres malo. Sólo tonto.

RAMÓN.- Acaba tu lección de psicología radiofónica. Tengo algo preparado para ti.

CARLO.- Tú no quieres a Silvia. Crees que la quieres. Pero en el fondo a quien quieres de verdad es a ti. Todo esto no te repugna. Te duele. Porque te humilla. Te ensucia. Tu estandarte medieval te apesta. Te apesta a ti mismo.

RAMÓN.- Me ensucio estando a tu lado. Me dan ganas de vomitar.

CARLO.- Vomita.

(Silencio. RAMÓN se levanta. Pasea. Da con el pie a alguna lata.)

RAMÓN.- Tú te crees muy listo, Carlo. Pero eres un pobre necio.

CARLO.- Hasta ahí estamos de acuerdo. Es más o menos lo que pienso de mí mismo.

RAMÓN.- Mira cómo has dejado esto en diez días.

CARLO.- Soy un niño rico. No tengo costumbre de limpiar. Me lo limpian. Soy intrínsecamente vago. Sigue, cholito.

RAMÓN.- ¿A qué viene eso de cholito?

CARLO.- (Disfrutando.) Me... me excita... me «gugu». Te sienta bien.

RAMÓN.- Te habrás podido imaginar que te estaba esperando, ¿no?

CARLO.- Visto cómo ha ido todo... sí. Pero todavía no me has dicho una cosa: qué has hecho con Silvia.

RAMÓN.- Fue ella quien me dijo que pensabas venir a recogerla a casa, mientras yo estaba en el trabajo.

CARLO.- Soy un caballero. Recojo a las señoras en su domicilio. Sobre todo si viven tan apartadas de la civilización. ¿Y por qué te lo dijo?

RAMÓN.- Tuvimos una pequeña charla... el día anterior. Me lo dijo.

CARLO.- Se lo sacaste a bofetadas... a palos... ¿O tienes algún instrumento de tortura mejor? ¿Quizá el psicoanálisis? Pero no te siento capacitado. Tienes mentalidad de cabo. **(Pausa.)** Muy torpe.

RAMÓN.- No fue necesario. Me lo dijo ella. Una escena un poco violenta. Me quiso hacer daño. Fíjate. Herirme. Todavía más. **(Pausa.)** Qué crueldad más exquisita la de una mujer cuando quiere hacer daño de verdad.

CARLO.- Te juro que a medida que te voy escuchando... se me está ocurriendo que en cualquier momento... al abrir un armario... o al mirar debajo de una alfombra... me voy a encontrar con una sorpresa. Porque tú eres capaz de matar. Se te ve en los ojos. Dímelo, Ramón, no me tengas en vilo... **(Mira debajo de la camilla donde está.)** ¿Dónde la tienes? **(Le mira.)** ¿Frío?

RAMÓN.- Frío.

CARLO.- (Llamando, como si fuera un perro.) Silvia... ¡Ya sé! Está enterrada fuera. En el campo. ¿Puedo salir a buscarla?

RAMÓN.- Prohibido salir.

CARLO.- ¿No vas a dejar salir a un químico?

RAMÓN.- No. Todavía no.

CARLO.- (Con sorna.) ¿También a mí me vas a matar?

RAMÓN.- Todavía no lo he decidido.

CARLA.- Oye, pero... pero tú quieres matar a todo el mundo, eh. ¿A qué partido perteneces? Porque a mí si se te ocurre matarme y me haces daño... te vas a enterar Ramoncín... Perdona ¿te puedo llamar Moncho?

RAMÓN.- ¡No!

CARLO.- (Viendo que ha saltado.) Anda... déjame llamarte Moncho, que me hace mucha ilusión...

RAMÓN.- ¡He dicho que no!

CARLO.- Bueno..., pues déjame ponerte un mote, anda... Vamos a ver... te pondré...

RAMÓN.- ¡Carlo...!

CARLO.- Islero. Te va muy bien, como el que segó la vida a ese monstruo... Oye, Monchi..., tú serás aficionado a los toros, mi alma ¿no?

RAMÓN.- Tú eres un pedazo de hijo de puta al que...

CARLO.- Con esa cara tan guapa que tienes... qué noble de embestida debes ser. **(Le cita con la mano.)** Vamos a verlo... ¡ele! **(Se le va acercando como si empuñara la muleta.)** ¡Toro, ele! **(Cuando está a su altura, se aflamencan en la postura.)** ¡Míralo, bonito! **(Como si fuera aparte.)** He dicho bonito... no Monchito.

(De pronto le amaga, como si fuera a darle en un lado de la cara, RAMÓN intenta esquivar, pero CARLO le da con la otra mano un sopapo en la mejilla, chocándose con él, instante que aprovecha para robarle las llaves que tenía éste en la chaqueta en el bolsillo exterior. RAMÓN, que no se ha dado cuenta de la sustracción, intenta cogerle del cuello pero CARLO se escapa.)

RAMÓN.- Te voy a... partir en dos.

(CARLO corre por el salón, saltando, gritando. RAMÓN le persigue, sin alcanzarle. CARLO parece un mono. Se mueve repentinamente como un mono, aullando, arrastrando los brazos, tirando las pocas cosas que quedan en pie. RAMÓN se detiene jadeante.)

CARLO.- Abuelo..., serénate. ¿O no sabes dialogar como las personas normales?

(RAMÓN se sienta, respirando con cierta dificultad.)

Así, hombre, así. Reposado... Y ahora vayamos de una vez al grano. Abuelo, dime ¿cuándo cobramos? Está bien que mis padres se impacienten o pregunten o avisen a la policía. Comprendo que si no, igual no pagan... Pero después de diez días... Ya está bien. Necesito salir de aquí. Quiero mi parte del secuestro ya. Cobrar cuanto antes y perderte de vista. Por las buenas o por las malas.

RAMÓN.- De acuerdo. Adelante. Se acabó. **(Se levanta y saca un magnetofón y una cámara Polaroid.)**

CARLO.- ¿Qué vas a hacer?

RAMÓN.- La foto. Y la cinta.

CARLO.- ¿De qué hablas?

RAMÓN.- Necesitan saber que estás vivo. Verte. Oír tu voz. Si no, no pagarán.

CARLO.- Te propongo otra cosa. Mira, me ducho tranquilamente, me visto bien. Me dejas un traje y nos vamos por ahí tú y yo con dos buenas chavalas a pasarlo bien... y nos olvidamos de todo esto por unas horas. ¿Eh?

RAMÓN.- **(Negando con la cabeza.)** Secuestrado.

CARLO.- ¿Así que yo voy a estar secuestrado toda la vida? ¿Para siempre? Si yo soy como un pájaro, hombre. Necesito respirar. Volar.

RAMÓN.- De aquí no se sale.

CARLO.- ¿Y si me escapo, qué?

RAMÓN.- Ponte contra esa pared. **(Prepara la máquina.)**

CARLO.- ¿Y si por la noche me da un ataque de locura, cojo un machete y te mato, qué?

RAMÓN.- Los negocios son los negocios. Ponte.

CARLO.- Soy capaz, eh... Que tú a mí no me conoces, Ramón. Soy capaz de escaparme y quemar la casa contigo dentro, eh.

RAMÓN.- Quédate quieto.

(CARLO, como si fuera una modelo publicitaria, adopta una postura muy sofisticada cuando RAMÓN está disparando.)

¿Te quieres estar quieto? Ponte serio. Esto es una foto de un secuestro.

CARLO.- Para seriedad estoy yo. Con las ganas de lío que tengo. **(Nueva postura, mirando al infinito, cómico.)** Tú dispara hasta que me cojas en el mejor momento.

(RAMÓN dispara. Diferentes posturas de CARLO, siempre de portada.)

¿Está bien así?

RAMÓN.- (Perdiendo los nervios.) ¡Serio! ¡Me estás empezando a hartar!

CARLO.- ¡No me da la gana ponerme serio! ¡Quiero reírme! ¡Quiero divertirme!

RAMÓN.- ¡Tú te quieres divertir y yo necesito una foto!

CARLO.- ¡Pues házsela a tu madre! Yo me hago fotos para salir bien. No para ganar dinero. Además, te hago un trato. Me dejo hacer una foto bien hecha si te fumas un cacharro de éstos conmigo.

RAMÓN.- ¡Ni hablar!

CARLO.- ¿Ves cómo eres un estrecho!

(RAMÓN casi a traición le intenta disparar desprevenido. Automáticamente CARLO adopta nueva postura de pose.)

RAMÓN.- (Gritando.) ¡Dámelo! ¡Venga! ¡Acabemos de una vez!

(CARLO le lía un petardo. RAMÓN fuma. Silencio. CARLO le observa. Fuman. La cara de RAMÓN va cambiando. Esboza una pequeña sonrisa. CARLO también. Risita.)

CARLO.- Vaya un pedazo de secuestradores que somos... Parecemos putas.

RAMÓN.- (Sintiendo los efectos.) Está bueno esto, oye...

CARLO.- ¿Ves cómo eres tonto? Si no sabes de la vida... (Ríe.) ¿Y si me haces foto así, con el pitillo aquí en la comisura y se la mandas y les dices que en vez de un atraco es un cachondeo?

RAMÓN.- Igual hasta pagan más. ¿Quién sabe? Les da por reír como a nosotros...

(Risa contagiosa, pero sin sentido.)

CARLO.- A ver, déjame... (Le hace una foto fumando. La mira. Ríe.)

RAMÓN.- (Mirándola.) Ramón *El Porrero*. Lo que me faltaba. (Ríe.) Y fíjate... no han salido...

CARLO.- ¿No han salido...? ¿Qué? Los... (Ríe.) ¿Te imaginas? (Ríe.) En vez de salir compungido en la foto, salgo así... (Mueca de felicidad absoluta.) ¡Mandadnos, que se nos ha acabado!

RAMÓN.- Venga, pongámonos serios. Vamos a grabar.

CARLO.- ¿Grabar? ¡Vamos, vete! **(Empieza a liar otro porro.)**

RAMÓN.- ¿Otro? Pero, oye, tú eres capaz de fumarte un moro liado en una sábana... Di: «Estoy bien. Me tratan bien. Mandad el dinero o me matan. Os quiere, vuestro hijo Ramón».

CARLO.- ¿Eso tengo que decir? **(Empieza a grabar. Canta muy malamente.)** ¡Azules rejas... azules rejas! Pon tú el compás... que se enteren de lo que es la alegría, hombre. Azules rejas...

(RAMÓN para el magnetófono.)

Que se crean que somos andaluces y que estamos en Barcelona.

RAMÓN.- ¡Se acabó! **(Cara de estar mareado.)**

CARLO.- ¿Se acabó? ¿Y por qué? **(Enciende el magnetófono.)** «Papá, estoy bien. Estoy con el marido de mi amante. Es muy buena gente. Si os decidís a mandar el dinero, mandadlo en dos bolsos, una para cada uno. Sigo tan golfo como siempre. Os quiere vuestro Carlo».

RAMÓN.- ¡He dicho que se acabó! **(Le arranca el magnetófono.)**

CARLO.- **(Casi como un niño, disputándolo.)** Es mío..., es mío...

RAMÓN.- ¡Ya estoy hasta las narices! ¡Se acabó! ¡Fuera de esta casa!

CARLO.- ¿Y ya no hay secuestro? ¡Y un jamón!

RAMÓN.- ¡Fuera!

CARLO.- Pues si no me secuestras tú, me secuestro yo solo. Me encuentro muy bien aquí. Y mucho mejor desde luego desde que tú te encuentras mal.

(RAMÓN va hacia la puerta, buscando las llaves. Mira a CARLO. Silencio.)

RAMÓN.- ¿Y las llaves?

CARLO.- ¿Y a mí qué me dices? Tú sabrás...

RAMÓN.- Maldita sea... **(Se rebusca por todos los bolsillos.)**

CARLO.- (Regañándole.) ¡Ahora sólo faltaría que las hubieras perdido y nos tuviéramos que quedar aquí tú y yo solos para la eternidad!

RAMÓN.- Pero..., ¿dónde pueden estar! Se me habrán caído... **(Busca como loco por todos los rincones.)**

CARLO.- En el fondo... y bien mirado... la idea no es mala...

(Saca de un cajón un radiocasete. Pone música a todo volumen. Se oye: «Ellos las prefieren gordas...», de Gurruchaga.)

RAMÓN.- ¡Silencio! **(Busca cada vez con más nervios, tirando cosas, mesándose los pelos.)**

CARLO.- La idea no está nada mal..., porque bien mirado, tú eres un hombre atractivo. Tienes un encanto animal... tienes algo viril, sí... algo... **(Mueve los dedos buscando la palabra.)** *sexy.*

RAMÓN.- Degenerado...

CARLO.- (Irónico.) Muy excitante. **(Abre una botella y bebe.)**

RAMÓN.- ¡Quita esa radiooooo! ¡Quítala!

(Casi temblando va hacia la radio, la coge, la rompe en pedazos. Queda frente a CARLO, desencajado, medio mareado, despeinado.)

CARLO.- (Seductor.) ¿Bailamos?

RAMÓN.- (Cerrando los puños, yendo hacia él.) Te voy a...

(CARLO le coge como si fuera a bailar. Empujón de RAMÓN que le tira al suelo. RAMÓN coge el garrote, va hacia él. CARLO saca un pistola y le apunta a la cabeza.)

CARLO.- Cada vez me convengo más de que eres un alcornoque. ¡Suelta eso!

(RAMÓN lo suelta.)

¡Canta!

RAMÓN.- ¡No me da la gana!

CARLO.- Canta o te juro que...

RAMÓN.- Pero... pero qué voy a cantar...

CARLO.- *La gallina papanatas.*

RAMÓN.- ¡No!

CARLO.- *¡La gallina papanatas!*

RAMÓN.- Esa no me la sé. ¿No puede ser otra cosa?

CARLO.- (Cantando.) *La gallina papanatas...*

RAMÓN.- (Cantando.) ... *ha puesto un huevo, ha puesto dos, ha puesto tres...*

CARLO.- ¡Más alto!

RAMÓN.- *La gallina papanataaaaas...*

CARLO.- ¿Ves? Si tienes una voz muy bonita... Dime una cosa, si te secuestro yo a ti, ¿cuánto crees que me darán?

RAMÓN.- Un susto.

CARLO.- Haz el burro.

RAMÓN.- ¿El burro? Yo no sé hacer el burro.

CARLO.- ¡Improvisa! ¡Vamos!

(RAMÓN empieza a rebuznar. Al principio lo hace muy mal. Después cada vez con más convicción, hasta casi hacerlo a la perfección.)

¡Alto! ¡Alto! ¡Vibra desde lo más profundo de tu condición animal! Camina. Burro... vamos... Mueve los pies... Vamos...

(RAMÓN empieza a andar. CARLO le sigue apuntando a la cabeza. Coge el garrote.)

Al trote... burrito. Vamos, guapo...

(RAMÓN, curiosamente inspirado, sin dejar de rebuznar, recorre la escena. CARLO le da suavemente sobre la espalda. Después más fuerte.)

RAMÓN.- ¿Vale?

CARLO.- ¡Silencio! Los burros no hablan...

(Le golpea. RAMÓN se yergue. CARLO dispara al aire.)

RAMÓN.- ¿Me quieres no dar tan fuerte!

CARLO.- Pica, ¿verdad! **(Nuevo golpe.)** ¡A la carrera!
¡Rápido!

(RAMÓN corre a la carrera, haciendo todo tipo de movimientos equinos, rebuznando.)

Esas patas, burrito. Muy bien. Un salto...

RAMÓN.- No... no sé saltar.

CARLO.- **(Levantando el garrote.)** ¿No?

RAMÓN.- Sí, sí. Espera. **(Salta cómicamente.)**

CARLO.- (Como si estuviera en un circo.) *Hop... hop...* Un saludo.

RAMÓN.- ¿Hasta cuándo va a durar esto? (Hace que se quita el gorro.)

CARLO.- No, no, no. Un saludo a lo burro.

RAMÓN.- Que no sé... (Lo intenta. Lo consigue.)

CARLO.- Muy bien. Alternando... vamos...

(RAMÓN, de espaldas a CARLO, empieza a realizar movimientos de flexión y extensión de ambas patas delanteras. En ese instante y sin que se dé cuenta, abre con sigilo la puerta y sale sin hacer ruido, cerrando por fuera. RAMÓN sigue rebuznando y moviéndose sin darse cuenta. De pronto se vuelve y se encuentra solo. Se tira a la puerta. Intenta abrirla; inútilmente.)

RAMÓN.- ¡Carlo! ¡Carlooooo!

CARLO.- (Desde fuera, con sorna.) *¿Allô? ¿Allô?*

RAMÓN.- ¡Abre esta puerta inmediatamente!

CARLO.- *¿Oui?*

RAMÓN.- ¡Llamo a la policía, te lo advierto!

CARLO.- Es inútil. He cortado el teléfono. Entrénate. Yo me voy.

RAMÓN.- ¿Dónde vas?

CARLO.- Necesito material. Me aburro mucho. Además me ha entrado una cosa muy mala por el cuerpo y necesito... *guau guau.*

RAMÓN.- ¡Carlo! ¿Dónde vas?

CARLO.- ¿Dónde quieres que vaya, tonto? Con Silvia. No tardo nada. Tienes un buen pollo en la nevera. ¡Hazlo! Cuando vuelva lo quiero todo perfectamente limpio. Adiós. Le daré recuerdos de tu parte.

(RAMÓN intenta abrir. Al poco se vuelve a sentar. Se mira al espejo. Pequeño rebuzno. Silencio. Se observa. Se da una bofetada. Nuevo rebuzno. Nueva bofetada. Rebuzno fortísimo. Postura equina.)

RAMÓN.- ¡Imbécil!

(Vierte el contenido de una bolsita en una botella de vino. Se guarda el resto en el chaleco. La tapa. Se mira. Rebuzno. Se abofetea. De pronto se abre la puerta. Aparece CARLO.)

CARLO.- Ahí... ahí... Ése es tu camino. Toma las llaves. No me pienso escapar. Claro que no. La ocasión es única para ganar dinero de verdad y mandar todo a donde se merece. ¿Cuándo cobramos?

(Suena el teléfono. Se miran. RAMÓN descuelga rápidamente.)

RAMÓN.- ¿Quién es! Hola... Sí... Sí, aquí está. ¿Cómo! Ya. Entiendo. Perfectamente. De acuerdo. Hasta luego.

(Cuelga. Se miran. Silencio. RAMÓN empieza a esbozar una sonrisa.)

CARLO.- ¿Qué?

RAMÓN.- Es «el compinche». Dice que tus padres dejarán el dinero dónde y cuándo se les indicó. Lo hemos conseguido.

(Grito de CARLO que se tira a los brazos de RAMÓN, gritando de alegría. Le arrastra en un baile desenfrenado.)

CARLO.- (Cantando.) «Ellos las prefieren gordas...». **(Se detiene.)** Te quiero. Te quiero, Monchi. Con el corazón en la mano. ¿Te puedo dar un beso?

RAMÓN.- Uno.

CARLO.- A mis brazos... secuestrador de menores. **(Le besa en la mejilla. Se separa.)** ¡Uaaajjj! Hijo, qué barba tienes... Comprendo que Silvia tenga los labios en carne viva.

RAMÓN.- Brindemos, Ramón. **(Se mira al espejo.)** Se acabaron los rebuznos y las penurias. **(Levanta la copa.)**

CARLO.- Espera, espera. **(Se sirve de la botella donde RAMÓN ha vertido los polvos.)** Yo participo de tu alegría. **(Bebe el vaso de un golpe.)** Estoy más contento... **(Saca el dinero del bolsillo. Ríe.)** Así que una paga mensual para que me disipara..., eh. Y no tenía ni para gasolina casi. Carlo... el tonto. Pero Carlo no es tan tonto, no. Carlo es más listo de lo que parece. **(Se sirve otro vaso.)** Salud, querido Ramón. Somos ricos. Estoy liberado. **(Sale corriendo por la escena, haciendo el burro, moviéndose, gritando, cantando, haciendo la bocina de un coche viejo.)**

RAMÓN.- (Precisando.) Casi liberado.

CARLO.- (Parándose en seco.) ¿Cómo que casi liberado?

RAMÓN.- Antes hay que coger el dinero... esperando que no hayan dado parte a policía... No se puede cometer ningún error. Estás casi liberado solamente.

CARLO.- (Desafiante.) ¿A que salgo corriendo y no me vuelves a ver el pelo! **(Silencio.)** ¿A que me voy a mi casa y les cuento todo a mis padres? ¿Qué te parece, listo? ¿A que voy y cojo yo el dinero y me libero a mí mismo?

RAMÓN.- Pero tú no sabes dónde estará. Ése es... un secreto entre Silvia y yo.

CARLO.- Era Silvia, ¿verdad?

RAMÓN.- Tú en esa historia no pintas... lo que se dice... nada. **(Cierra la puerta. Se guarda cuidadosamente las llaves.)** Ni sabes dónde. Ni cuándo... se dejará. No quiero interferencias.

CARLO.- ¡Oye, un momento! ¡Vamos a poner las cosas en claro antes de que me líe a tiros y no deje títere con cabeza! **(Saca la pistola, queda en suspenso. Va abriendo la boca lentamente en un inmenso y amplio bostezo, echa la cabeza hacia atrás, se le levanta el brazo con la pistola.)** Vaya..., qué sueño me está entrando... **(Sacude la cabeza.)** Decía que no andes con cerderías, Ramón, que tú a mí no me conoces. Yo parezco una buena persona, pero cuando me cabreo... me sale el tigre que llevo dentro y... **(Se le vuelve a abrir la boca, ya deforma casi ortopédica, se estira, abre piernas, gritito final. Se limpia las lágrimas.)** Pero... pero... esto... si anoche nos hemos acostado a la hora... No hemos trasnochado como quien dice nada... **(Abre un poco la boca. Queda en suspenso. Abre otro poco la boca. Mira a RAMÓN. Después, progresivamente, con un interminable quejido, bosteza hasta el fondo de la cabeza, casi con aspavientos. Y después otra vez, y otra vez, casi cayéndose de lado.)** Como... como me intentéis dejar sin dinero y quedároslo todo para vosotros... me lío... me lío... y me lío... **(Nuevo bostezo que le tira a cámara lenta sobre el sillón, profundamente dormido. Ligero ronquido.)**

RAMÓN.- Bueno... Carlo... lo siento pero tú lo has querido. Pensaba que no hacía falta llegar a esto pero... las circunstancias mandan.

(Corre un mueble hueco pegado a la pared. Aparece una enorme cadena sujeta a la pared por un placa de hierro. En su extremo: una argolla con un candado que RAMÓN pasa por el tobillo de CARLO. Se guarda la llave. Ronquidos cada vez más potentes de CARLO, casi insoportables, que le hacen casi temblar, cómicos. RAMÓN le pone una pinza en la nariz. Pero pronto empieza CARLO a hacer ruido con la boca, haciendo vibrar la lengua.)

¡Calla!

(Mira el reloj. Parece que CARLO casi le oye pues empieza a subir el tono del ruido, que pasa del silbido fino al trompeteo, creciendo, manteniendo casi un diálogo con RAMÓN.)

¡Te he dicho que te calles, narices!

(Trompeteo grotesco, de burla.)

Tú te vas a acordar de mí...

(Nuevo ruido gutural, exótico, como de pájaro.)

Así que... haciendo porquerías a mis espaldas...

(Otro ruido, cada vez más variado y rico.)

Y ella se va a acordar también. Sí. O quizá no os podéis acordar en definitiva.

(CARLO se relame y relame, intenta hablar, como en sueños. Sus palabras, ininteligibles, recuerdan un lenguaje infantil. RAMÓN le levanta y le retuerce la oreja con saña. Cara de placidez y alegría de CARLO, que ríe en sueños, divertido.)

Te ríes, ¿eh?

(Le coge de los pelos del pecho, le arranca un mechón. Respingo de CARLO, que queda sin respiración, aparentemente inmóvil, como muerto.)

Oye..., ¿qué te pasa?

(Le sacude.)

¡Carlo!

(CARLO, de pronto, emite un sonido de placidez, como si estuviera en una cuna. RAMÓN le abofetea.)

¡Arriba!

CARLO.- (Dando un salto.) ¿Ya hemos llegado? (Se restriega los ojos, mira a su alrededor.) ¿Dónde estamos? ¡Ah, sí, en el secuestro! (Va hacia RAMÓN, le sujeta la argolla, cae al suelo. Mira.) ¡Ay! (Coge la cadena.) ¿Y esto?

RAMÓN.- Tu destino.

(Verdadera tempestad de movimientos de CARLO, tirando de la cadena, haciendo por liberarse, fuera de sí, con enorme angustia. Inútilmente.)

CARLO.- (Terriblemente angustiado.) ¡Suéltame! ¡No lo puedo aguantar! ¡Tengo miedo! (Aspavientos para quitarse la cadena, como si se tratara de un dogal agarrado a su cuerpo.)

RAMÓN.- No. Lo siento. Ya no es posible. Demasiado tarde. Tranquilízate.

(CARLO, totalmente descompuesto, se tapa la cara, de rodillas en el suelo, grita despavorido, se retuerce en patética imagen de animal encadenado, apresado por una fuerte crisis de angustia.)

CARLO.- ¡Socorroooooooooo!

RAMÓN.- Silencio. He dicho silencio. No hay solución. Tómate un trago. Te calmará.

(Le echa un poquito de polvo de la bolsa que guarda en el chaleco. CARLO le observa. Le acerca el vaso como a una fiera.)

CARLO.- Así que me has drogado...

RAMÓN.- Sólo para sedarte un poco. Al final te has puesto inaguantable. Me temía algo así. Y antes o después tenía que pasar lo que ha pasado.

CARLO.- Cerdo...

RAMÓN.- Eres pieza fundamental en todo esto, Carlo. ¿No te das cuenta? **(Le dispara una foto.)** Has hecho muy mal en robarme las llaves. No puedo correr ningún riesgo. Además... verte así... me... descansa. Me... place.

CARLO.- Cerdo... Reptil... lleno de odio y resentimiento...

(RAMÓN va a la cocina. Saca un pollo asado. Se sienta a comer.)

RAMÓN.- Tu futuro es negro, Carlo. Negarse a la evidencia es muy sano, pero muy torpe a la larga. Reconsidera dónde y cómo te encuentras. Piensa por una vez en tu vida dónde te ha conducido tu forma de vida... disoluta.

CARLO.- ¡Hipócrita!

RAMÓN.- La vida no es lo que tú te piensas. La rectitud **(Estira la espalda.)** sigue en nuestra sociedad teniendo un valor inestimable... que la sociedad premia.

CARLO.- **(Por lo bajo.)** Hipócrita.

RAMÓN.- ¿Cuáles son tus patrones morales, Carlo? ¿La orgía como sistema? ¿Es ése tu código ético? La gente parece ajena a cuanto nos concierne, pero en el fondo está atenta. Vigila y toma nota. Y las apariencias, aunque parezcan superfluas..., cuentan. Hay que cuidarlas porque ellas nos cuidan también y pasan su tributo.

CARLO.- **(Como un niño.)** Pis. **(Silencio.)** ¡Pis!

RAMÓN.- ¿Ahora?

CARLO.- ¡Pis! Tendré que ir al lavabo ¿no? Hasta los secuestrados necesitan evacuar.

RAMÓN.- Hazlo por ahí, donde puedas. En esa lata. O méate encima. Arréglate como puedas.

(CARLO coge una lata y orina.)

CARLO.- Toma.

RAMÓN.- Déjalo ahí. No me pienso mover. **(Pausa.)**
Bébetelo.

CARLO.- ¡No!

(Coge la lata y se la tira encima. Salto de RAMÓN.)

¡Bébetelo tú! Y ahora si tienes narices, suelta ese garrote y vente a pelear como un hombre. A dar el pecho. A ver qué haces, lagartija con cuernos.

RAMÓN.- **(Lívido, limpiándose.)** De esto te vas a acordar.

CARLO.- ¿Qué diría Loredana si te viera así, eh?

(RAMÓN permanece inmóvil al escuchar el nombre de Loredana.)

RAMÓN.- ¿Qué sabes tú de Loredana?

CARLO.- ¡Más que tú! ¿Y Silvia? ¿Qué sabe Silvia de Loredana? Dime, señor... ético. ¿Eh! **(Insultante.)** ¡Tránsfuga matrimonial! ¡Sinvergüenza! ¡Adúltero improbable! ¡Pijón! ¿Sabes cómo conocí a Silvia? ¿Quieres saberlo? ¡Llorando! Por la calle, sola, llorando. Se había enterado de tu relación con la zorra esa... ¿O te crees que se chupa el dedo? Quería morir... Estaba destrozada. No quería volver a su casa. Yo la acompañé durante toda la noche, paseando por las calles de París. **(Curiosamente se empieza a escuchar la canción «Arde París» en algún punto lejano.)** Al final le dije si quería venir a mi casa y se vino.

RAMÓN.- **(Silbante.)** ¿De qué conoces tú a Loredana?

CARLO.- Serás tonto... ¡A Loredana la conoce muchísima gente! Tú a Silvia no la quieres. La necesitas. Es tuya. Pertenece a tu mobiliario. Es una pieza de tu inventario personal. Quien de verdad te atrae es la otra... La otra es la que te tiene desde hace mucho tiempo comido el seso. La otra es la que te hace ir detrás de ella como un pequeño cerdito... la que se gasta tu dinero y el de tu casa.

RAMÓN.- Mientes.

CARLO.- Yo miento y tú pontificas.

RAMÓN.- ¿Desde cuándo la conoces?

CARLO.- ¿Te gusta cómo tiene puesta la cama? Con ese icono a la cabecera... que en vez de hacer el amor parece que está uno rezando... ¡La conozco desde hace muchísimo tiempo! Mucho antes de que te encontraras con ella en aquella fiesta... Y por cierto allí estaba yo... Cómo caíste en sus redes, pequeñito..., cómo te sorbió lo poco que te quedaba... ¿O crees que soy idiota?

RAMÓN.- Habla.

CARLO.- Ese pedazo de mujer, ¿contigo? ¡Vamos..., despierta! No te hagas ilusiones. Esa manchita color café con leche en la espalda se la han chupado muchos. ¡Muchísimos! Unos pagando y otros sin pagar, como yo... por la cara. Por simpático... ¡Bayeta! ¡Quien está de verdad enamorado de Loredana soy yo, yo y yo!

RAMÓN.- Por lo que veo tú te enamoras de todo el mundo...

CARLO.- ¡Exacto! Ésa es mi virtud. He nacido para amar, para vivir y disfrutar. Y te quiero advertir una cosa: ¡soy muy celoso! Si cuando salgamos de aquí se te ocurre ponerle una mano encima... te como.

RAMÓN.- Eres un... inmoral.

CARLO.- Mejor. No tengo moral ni falta que me hace. ¿Tiene un perro moral? ¡No! Eso de la moral de la que tú hablas... es propio de los seres superiores. De los privilegiados. A nosotros no nos hace falta. No podemos perderla. La moral y la tecnología son inventos de los hombres. No de los animales.

RAMÓN.- Bueno... bueno... bueno... Algo nuevo. Así que Silvia sabe lo mío con Loredana...

CARLO.- ¿Lo tuyo con Loredana? ¿Pero tú qué tienes con Loredana? ¡Cuerno! Pero, chico, ¿por qué no pones una plantación! Tienes una fortuna en la mano... **(Relamiéndose.)** Te pica, ¿eh? No te lo esperabas. Tu secreto es un secreto a voces. Está en la boca de todo el mundo. Eres el hazmerreír de la gente. Y de Silvia también... Porque, Ramón, cada cosa tiene su edad. Tú ya no estás para ir por ahí compartiendo sábanas con nadie. Lo tuyo es trabajar... ganar... y pagar... Y a veces... embestir. Muy por derecho. Cuando alguien te sabe citar y mandar. **(Pausa.)** Y además... no creas que esto va a acabar aquí. No. Cuando tengamos dinerito fresco... puedes poner pies en polvorosa con tu mujer. Fuera del país. Escóndete. Porque si te ocurre molestar a mi novia... te denunciaré. Te mataré.

(Con sonrisa un tanto sádica, CARLO se pone a dar golpes contra el suelo, haciendo un ruido insoportable con diferentes objetos, chillando, sin dejar de mirar a RAMÓN. Éste se tapa los oídos apretando las mandíbulas.)

RAMÓN.- ¡Calla! ¡Calla de una vez!

CARLO.- ¿No te gusta mi música?

(RAMÓN va hacia la ventana, la abre, se agarra a las rejas, respira hondo. CARLO vuelve a golpear el suelo, gritando, medio canta con aullidos, bailando grotescamente por todo el espacio que permite la cadena.)

RAMÓN.- ¡Calla de una vez!

CARLO.- ¡Quiero música! ¡Músicaaaa! Me aburrooooo...

RAMÓN.- Está bien, está bien. Pondré música. **(Conecta los cables del tocadiscos. Música.)** ¿De acuerdo?

CARLO.- Comer.

RAMÓN.- ¿Comer ahora?

CARLO.- Hambre.

RAMÓN.- ¿Qué quieres?

CARLO.- De todo. Melón, horchata, judías, frambuesas, natillas, arroz con leche, ternera, helado, bacalao...

RAMÓN.- Está bien...

CARLO.- ... naranja, drogas, puros, pastillas, coches, motos, tocino, sidra, patatas, patatas, patatas... **(Saltando.)** ¡Coño, aunque sólo sea un patinete! Me quiero divertir... Me quiero...

(RAMÓN va hacia el interior. Saca un patinete. Se lo tira.)

RAMÓN.- Diviértete.

CARLO.- **(Atónito.)** Lo tenías todo preparado...

RAMÓN.- Y ahora vendrá la comida. Después de tantas tonterías también me ha entrado hambre.

(CARLO coge el patinete y empieza a dar vueltas, lento al principio, después a toda velocidad, casi fuera de control, como un mono del circo. Sale RAMÓN con una enorme bandeja con un pollo asado, envuelto en celofán, fruta, vino, queso. Se sienta frente a CARLO y empieza a comer, saboreando. Extraña situación. Cara de hambre de CARLO.)

CARLO.- ¿Y yo?

RAMÓN.- ¿Tú? Lo tuyo es el sexo. Ya tienes el patinete que querías. Juega. ¿O tampoco te satisface jugar?

(Sigue comiendo, relamiéndose. A CARLO se le hace la boca agua.)

CARLO.- ¡Tengo hambre! ¡Tengo sed!

RAMÓN.- Pobrecito.

CARLO.- Si alguna vez salgo de aquí te juro que vas a pagar todo esto.

RAMÓN.- Pero no vas a salir. Fíjate. Para ti ya no habrá rescate. Tu futuro acaba aquí, Carlo. No habrá Loredana. Será para mí. Sólo. Me pienso ir del país. Todo me da igual.

CARLO.- ¿Y Silvia?

RAMÓN.- Silvia... pues... no sé qué hará exactamente. Pero Silvia es buena. Pequeñita, guapita, de buen corazón y mejores modales. Un ángel. Sabrá encontrar a un hombre bueno que la comprenda. Y estoy seguro de que también me comprenderá. Ahora... ahora que lo pienso... te tiene a ti, a lo que quede de ti, vamos.

CARLO.- Estos días encerrado contigo me han bastado para comprender la clase de gusano que eres, Ramón. Tenía referencias por Silvia de quién eres. Ahora lo he podido comprobar en mi propio cuerpo.

RAMÓN.- Y lo que te queda, no lo olvides.

CARLO.- Ya veo, ya...

(RAMÓN tira los restos de un hueso al aire. CARLO lo atrapa en aire. Queda mirando a RAMÓN.)

RAMÓN.- (Disertando.) Las mujeres, querido Carlo, tienen una capacidad de sufrimiento y adaptación muy superior a nosotros. **(Cínicamente.)** Son... la naturaleza y la naturalidad. Unos encantos de personas. Inestables. Un poco neuróticas a veces, pero buenas en el fondo.

CARLO.- ¿Va a ser ésta mi comida?

RAMÓN.- (Conferenciante.) Y Silvia en particular es... cómo diría yo... tonta de puro buena.

(Le tira otro hueso. CARLO no lo coge.)

De verdad que no me la merezco. Es mejor que me separe de ella, sí. Puedo hacer mucho daño.

CARLO.- Qué cinismo. Qué pedazo de sinvergüenza.

RAMÓN.- Nos parecemos bastante. Si te fijas... tú a Silvia la has utilizado tanto como yo. O más. Sin exponer nada. Te apetecía. Estaba triste. Sufría. Y tú la has consolado. Porque estoy seguro de que Silvia, si no es con cariño, no se mete en la cama con una persona. Necesita... amar. Pensar que ama. Creérselo. Tú, no. Con ver un agujero te basta.

CARLO.- Tú eres tonto.

RAMÓN.- Tú eres una hiena, un carroñero sin escrúpulos. Por eso estás ahí. Es lo que te mereces. **(Le pone el resto del pollo al alcance de la mano.)** Anda toma. Come algo... que todavía te tengo que pegar.

(CARLO coge el pollo y se lo tira a la cabeza. RAMÓN que lo está esperando, se agacha.)

Una tontería más. Hasta mañana no habrá más comida. Suponiendo que haya un mañana, querido, porque el dinero... debe de estar a punto de ser depositado donde se exigió. Espero que no haga falta mandar ni foto. Que sean buenos chicos y lo den. **(Pausa.)** Por tu bien.

CARLO.- ¿Y Silvia?

RAMÓN.- Al tanto del asunto. Yo aquí. Ella fuera, esperando. No iba a estar contigo y conmigo juntos.

CARLO.- ¿Es ella quien envió el mensaje?

RAMÓN.- Sí.

CARLO.- ¿Dónde está?

RAMÓN.- Eso es secreto, amigo. Está donde tiene que estar.

CARLO.- Me parece que mientes. Me resulta raro que Silvia haya aceptado participar en esta jugada tan sucia.

RAMÓN.- Piensa como quieras. La gente cambia... Pero igual tienes razón y soy yo quien ha preparado todo para escaparme después con Loredana, que es lo que estás pensando. ¿O no?

CARLO.- Algo así.

RAMÓN.- Pero igual te equivocas. No creas que tú le caes demasiado bien. En poco tiempo, desde que te conoce, me parece que se ha dado bien cuenta de quién eres. Y si te digo la verdad, desde que me enteré de este feo asunto... y empecé a estudiarlo detenidamente... a informarme quién eras... de qué familia venías... de dónde celebrabais vuestras románticas citas de amor... sólo se me pasó una cosa por la cabeza. Vengarme.

CARLO.- Va muy en tu línea.

RAMÓN.- La venganza, Carlo, es el placer más exquisito. El gusto más refinado. Y a nivel psicológico no digamos. Descansa el alma. Los barbitúricos y ansiolíticos no son nada en comparación. Pero además... vengarme... prácticamente. ¿Me entiendes? Pero tú qué puedes entender... Sacarle partido a la vejación. Vengarse y además... ganar. ¡Un resultado! Riqueza a cambio de dolor. ¿No te parece una transacción maravillosa?

CARLO.- Dos placeres en uno.

RAMÓN.- Correcto.

CARLO.- Ser cabrón por dos veces... además de las que arrastras.

RAMÓN.- Mordaz.

CARLO.- Matar dos pájaros de un tiro. Desentenderse de Silvia y poder huir con Loredana.

RAMÓN.- Perdona... desentenderme de Silvia... y de ti. Sobre todo de ti. Porque ya es menor el deseo de ganar dinero en esta operación que el de hacerte daño...

CARLO.- Qué corazón más hermoso.

RAMÓN.- Antes era una cuestión... de orgullo... de amor propio. Qué hace ese pequeño imbécil entrometiéndose en mi vida... qué hace mi pobre Silvia enredando con este detritus... qué habrá visto en él que no haya visto en mí... Tres pelillos caídos y unos ojos rasgados...

CARLO.- Lo atlético. No te olvides de las hechuras. Y la barbilla.

RAMÓN.- (De golpe.) ¿La tienes muy larga?

CARLO.- Oye, mira, ¿por qué no te vas a un museo y rajas unos cuantos cuadros o tiras unas cuantas estatuas o le pones una bomba a Notre-Dame? ¿Qué tienes contra la belleza? Tampoco soy tan guapo. Soy... vistoso. Nada más.

RAMÓN.- Pequeño Narciso... Anda, bájate los pantalones. Quiero ver cómo estás de preparado.

CARLO.- Déjate de coqueteos... **(Bruscamente afeminado como un actor consumado.)** Tonto...

RAMÓN.- Te los bajas o quieres que te los baje yo.

CARLO.- **(En la misma línea.)** Vas a hacer que se me suba el pavo, Ramón de mi alma.

RAMÓN.- ¿Te has medido alguna vez?

CARLO.- **(Avergonzado.)** Sí.

RAMÓN.- ¿En invierno o en primavera?

CARLO.- En otoño.

RAMÓN.- ¿Cuánto?

CARLO.- ¿En plan morcillón? En plan morcillón me la tuve que medir con una pica. Una pica de Flandes, no creas. Estaba en el Museo del Ejército... y no encontré nada más apropiado.

RAMÓN.- ¿Y...?

CARLO.- La Rendición de Breda.

RAMÓN.- Vamos...

CARLO.- Tú primero..., lagarto.

RAMÓN.- Te vas a llevar una sorpresa.

(RAMÓN, de espaldas casi al público, se baja los pantalones.)

CARLO.- ¡Oh!

RAMÓN.- ¿Qué te parece?

CARLO.- ¿Eso qué es... glaciaramente o en clima meridional?

RAMÓN.- ¿Te parece poco?

CARLO.- No me extraña... ahora me lo explico todo. Con razón la pobre Loredana ponía el icono por si ocurría un milagro... Y Silvia... ya lo entiendo, Ramón, si es que la juventud de la postguerra habéis salido de pena. Con razón la pobre Silvia hacía así... **(Movimientos de dolor de Silvia.)** ¡Raspatrusca, raspatrusca! Como queriendo decir... en francés: *ça va ça.*

**(Se baja los pantalones, siempre de espaldas al público.
Grito de horror de RAMÓN.)**

RAMÓN.- **(Rojo de ira.)** ¿Y tú qué has comido? ¡Tú qué...! Ahora si que te voy a matar, ahora... Eso no te lo perdono. ¡Eso no! **(Se acerca un paso.)** ¡Tú no eres un hombre! ¡Eres un trípode!

(CARLO le da un garrotazo a la cabeza cuando RAMÓN se creía fuera del alcance de sus manos, con el patinete. RAMÓN se tambalea. CARLO agarra de la chaqueta, le introduce en su área y le golpea hasta dejarle inconsciente.)

CARLO.- Está bien..., querido..., esta historia ha terminado para ti.

(Le pasa la argolla por el tobillo después de habérsela quitado con la llave que tenía RAMÓN en el chaleco. Le despierta echándole agua. Le ata con cuerdas los brazos y la otra pierna a los radiadores.)

RAMÓN.- Ay... Eh... ¿qué ha pasado...?

CARLO.- ¿Cómo estamos, cholito? Anda, despierta, que tienes que hacer la digestión.

RAMÓN.- ¿Qué es esto? **(Se intenta zafar. Se encuentra prácticamente inmóvil, boca arriba y atado de pies y manos.)**

CARLO.- Vamos a ver, razonemos.

(Hace que pasea por la escena pero cada vez que pasa por encima de RAMÓN le pisa en la tripa con fuerza. Gritos de dolor de éste.)

Así que quedamos en que la venganza es el placer sumo, el placer por excelencia...

RAMÓN.- ¡Suéltame, Carlo! Vayamos por el dinero... Es la hora... casi. Suéltame.

CARLO.- Pero si resulta que la venganza es bella, entonces la piedad es fea... Por lo tanto no hay que tener piedad...

RAMÓN.- ¡Suéltame! No hagas el idiota... El dinero.

(Al pasar le pone el pie encima de la cara. Fuma. Le tira la ceniza en el ojo, elegantemente, desde arriba, pero como si no lo hiciera intencionadamente.)

CARLO.- Sigamos... Si resulta que mis padres dejan el dinero para mi rescate, cosa que harán porque me quieren..., entonces... Silvia..., ¿Silvia dónde está?

RAMÓN.- En un hotel, esperándome. Fuera de la ciudad.

CARLO.- Te lo vuelvo a preguntar. ¿Sabe algo de esto?

RAMÓN.- No.

CARLO.- ¿De verdad?

RAMÓN.- ¡No! ¡Creo que no...! ¿Cómo voy a saberlo?

CARLO.- El teléfono.

RAMÓN.- Escucha... vamos por el dinero...

(CARLO coge unas tijeras, le abre la bragueta.)

¿Qué haces? ¡No, eso no! ¡Carlo! 874 88 91.

CARLO.- Bueno, ya que estamos aquí... un pequeño corte para que tengas un recuerdo...

**(Le mete un tajo en sus partes. Alarido de RAMÓN.
CARLO llama.)**

Doña Silvia Marcán... ¿No? ¿No está? Salió hace dos horas... Ya... ¿Dijo dónde iba? No... Cree usted... ¿Cómo? Una nota por si alguien llamaba... Sí. Léamela. **(Pausa.)** ¿Eso pone? Vaya... muchas gracias... ¿Que salió con un hombre muy alto?... ¿Muy alto y muy guapo? ¿Hacia dónde? Ya, perdón, ya me lo ha dicho... Usted cree que hacia Etiopía... Ya entiendo... hacia Etiopía más o menos. No lo puede saber con exactitud.

RAMÓN.- ¿Qué pasa! ¡Habla! ¡Oye, suéltame!

CARLO.- Tu mujer se ha ido con uno muy alto y muy guapo hacia Etiopía. Ha dejado una tarjeta para quien llamara. Ponía: «Silvia ha dejado de ser tan buena y se ha vuelto muy mala. Sois unos cabrones. Os lo merecéis». **(Aparte.)** Cabrón serás tú..., yo... no...

RAMÓN.- Que se ha vuelto mala... ¿Qué querrá decir?

CARLO.- Eso es lo que yo me pregunto. ¿Qué querrá decir?

(Pensativo, hablando consigo mismo, orina a RAMÓN en la cara.)

Pues es cierto que esto de la venganza produce placer... Sí.

(Le quita a RAMÓN los zapatos.)

RAMÓN.- ¿Qué haces! ¡No! ¡Eso no!

(CARLO le hace cosquillas. RAMÓN ríe, fuera de sí, intentando escaparse.)

CARLO.- ¡Silencio!

(Le golpea con saña.)

RAMÓN.- ¡Que nos vamos a quedar sin dinero!

CARLO.- Te vas a quedar sin dinero... Porque yo me voy a recogerlo, Ramón. Si han dado parte a la policía y me agarran... bueno... Pero no lo habrán hecho. **(Pausa.)** Ahora vas a decirme dónde debían dejarlo. Ahora mismo, o de lo contrario...

(Le apunta a la cabeza.)

Habla.

(Suena el timbre. Alguien, sin ser visto, entrega un paquete con una carta. Leyendo:)

«Queridos los dos: no es preciso que os molestéis en ir por el dinero porque ya lo he recogido yo por vosotros. Puse la citación dos horas adelante. Os habéis reído de mí. Y ha sido una pena. Por vosotros y por mí. El cordero no debe nunca convertirse en lobo. Pero las cosas son así. Aquí dentro va una bomba de relojería que estallará en breve. No os molestéis en intentar salir corriendo porque tendré la puerta cerrada por fuera. Sois unos cabrones. Os quiere. Vuestra Silvia».

RAMÓN.- ¡Ha recogido el dinero! ¡Un hombre muy alto y muy guapo!

CARLO.- **(Dirigiéndose hacia la puerta.)** Esta Silvia gasta unas bromas... **(Intenta abrir.)** Estas mujeres... **(Hace más y más fuerza. Mete la llave, no puede introducirla.)** ¡Ha bloqueado la cerradura con su llave! ¡Ramón, que volamos!

(Se oye un tic-tac, creciendo. CARLO sale corriendo por el cuarto; intenta salir por la ventana, sin poder, abrir la puerta, grita. RAMÓN grita. CARLO coge la bomba y se la pone a RAMÓN encima del pecho.)

RAMÓN.- ¡Oye, tú! ¡Carlo!

CARLO.- Estas mujeres...

(Explosión tremenda y oscuridad.)

FIN